

El Santo Evangelio según
San Juan
y
La Epístola del Apóstol
San Pablo a
Los Romanos



Edición marcada

EL EVANGELIO DE JESUCRISTO
SEGÚN
SAN JUAN
Y
LA EPÍSTOLA DEL APÓSTOL SAN PABLO
A LOS
ROMANOS.

TRADUCIDO DEL GRIEGO ORIGINAL
(TEXTO RECIBIDO),
Y BASADO EN LA TRADUCCION
DE REINA-VALERA 1602,
DILIGENTAMENTE COMPARADA Y REVISADA
CON OTRAS TRADUCCIONES; LENGUAJE ACTUALIZADO

Coordinado por
el Dr. Francisco Guerrero Meza
LLEVANDO LA SEMILLA PRECIOSA.

VERSIÓN CREYENTES BIBLICOS.

1995

NO SE VENDE

*“Estas empero son escritas, para que creáis que Jesús es el Cristo, el
Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis vida en su nombre.”*

Juan 20:31

Edición marcada - vea la página 5

EL EVANGELIO DE JESUCRISTO SEGÚN SAN JUAN

CAPÍTULO 1

1 EN el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

2 Este era en el principio con Dios.

3 Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.

4 En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

5 Y la luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no la comprendieron.

6 Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan.

7 Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, para que todos creyesen por él.

8 No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.

9 Aquel era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene al mundo.

10 En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él; y el mundo no le conoció.

11 A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.

12 Mas a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre:

13 Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

14 Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

15 Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo.

16 Y de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia.

17 Porque la ley por Moisés fue dada; mas la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo.

18 A Dios nadie le vio jamás: el unigénito Hijo que está en el seno del Padre, él le declaró.

19 Y este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y Levitas, para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres?

20 Y él confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo.

21 Y le preguntaron: ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No.

22 Entonces le dijeron: ¿Quién eres? Para que podamos dar respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?

23 Dijo: Yo soy la voz que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo Isaías el profeta.

24 Y los que habían sido enviados eran de los Fariseos.

25 Y le preguntaron y le dijeron: ¿Por qué pues tú bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?

26 Juan les respondió diciendo: Yo bautizo en agua; mas en medio de vosotros está a quien vosotros no conocéis.

27 Este es el que viene después de mí, el cual es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del zapato.

28 Estas cosas acontecieron en Betábara, al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba.

29 El siguiente día ve Juan a Jesús que venía a él, y dice: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

30 Este es aquel de quien yo dije: Después de mí, viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo.

31 Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por eso vine yo bautizando en agua.

32 Y Juan dio testimonio diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y reposó sobre él.

33 Y yo no le conocía; mas el que me envió a bautizar en agua, aquel me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que reposa sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo.

34 Y yo he visto, y he dado testimonio que este es el Hijo de Dios.

35 El día siguiente, otra vez estaba Juan de pie, y dos de sus discípulos.

36 Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: ¡He aquí el Cordero de Dios!

37 Y le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús.

38 Y volviéndose Jesús, y viendo seguirle, les dijo: ¿Qué buscáis? Y ellos le dijeron: Rabí (que interpretado quiere decir, Maestro), ¿Dónde moras?

39 El les dice: Venid y ved. Vinieron y vieron donde moraba; y se quedaron con él aquel día, porque era como la décima hora.

40 Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y le siguieron.

41 Este halló primero a su hermano Simón, y le dice: Hemos hallado al Mesías, que interpretado es, El Cristo.

42 Y le trajo a Jesús. Y mirándole Jesús, dijo: Tú eres Simón hijo de Jonás: Tú serás llamado Cefas, que quiere decir Piedra.

43 El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halla a Felipe, y le dijo: Sígueme.

44 Y Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro.

45 Felipe halla a Natanael, y le dice: Hemos hallado a aquel de quién escribió Moisés en la Ley, y los profetas: A Jesús, el hijo de José de Nazaret.

46 Y Natanael le dijo: ¿Puede venir alguna cosa buena de Nazaret? Le dice Felipe: Ven y ve.

47 Jesús ve a Natanael venir a él, y dijo de él: He aquí un verdadero Israelita, en el cual no hay engaño.

48 Le dijo Natanael: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.

49 Respondió Natanael, y le dice: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel.

50 Respondió Jesús y le dijo: ¿Porque te dije, te vi debajo de la higuera, crees? Mayores cosas que estas verás.

51 Y le dice: De cierto, de cierto os digo: De aquí en adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre.

CAPÍTULO 2

Y al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús.

2 Y fueron también invitados Jesús y sus discípulos a las bodas.

3 Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: Vino no tienen.

4 Jesús le dijo: ¿Qué tengo yo contigo mujer? Aun no ha llegado mi hora.

5 Su madre dijo a los sirvientes: haced todo lo que él os dijere.

6 Y estaban allí seis tinajuelas de piedra para agua, conforme a la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos ó tres cántaros.

7 Jesús les dijo: Llenad las tinajuelas con agua. Y ellos las llenaron hasta arriba.

8 Entonces les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al Maestresala. Y lo llevaron.

9 Mas cuando el Maestresala probó el agua hecha vino, sin saber de donde era, (aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), el Maestresala llama al esposo,

10 Y le dice: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el que es peor; mas tú has guardado el buen vino hasta ahora.

11 Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.

12 Después de esto descendió a Cafarnaúm, él, y su madre y sus hermanos, y sus discípulos; y estuvieron allí no muchos días.

13 Y estaba cerca la pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén,

14 Y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas y a los cambistas sentados.

15 Y habiendo hecho un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes, y esparció las monedas de los cambistas y volcó las mesas.

16 Y dijo a los que vendían las palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis la casa de mi Padre casa de mercado.

17 Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me ha consumido.

18 Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras de que haces estas cosas?

19 Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo y en tres días lo levantar.

20 Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás?

21 Mas él hablaba del templo de su cuerpo.

22 Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que les había dicho esto; y creyeron a la Escritura, y a la palabra que Jesús les había dicho.

23 Y estando él en Jerusalén en la Pascua, en el día de la fiesta, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía.

24 Mas el mismo Jesús no se confiaba a sí mismo de ellos, porque él conocía a todos,

25 Y no tenía necesidad que alguien le diese testimonio del hombre; porque él sabía lo que había en el hombre.

CAPÍTULO 3

Y había un hombre de los Fariseos que se llamaba Nicodemo, un príncipe entre los judíos.

2 Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer las señales que tú haces, si no estuviere Dios con él.

3 Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

4 Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede entrar en el vientre de su madre por segunda vez, y nacer?

5 Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.

6 Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.

7 No te maravilles de lo que te digo: Os es necesario nacer de nuevo.

8 El viento de donde quiere sopla, y oyes su sonido; mas ni sabes de donde viene, ni a donde va; así es todo aquél que es nacido del Espíritu.

9 Respondió Nicodemo y dijo: ¿Cómo puede esto hacerse?

10 Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú el maestro de Israel, y no sabes esto?

11 De cierto, de cierto te digo que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio.

12 Si os he dicho cosas terrenas y no las creéis, ¿Cómo creeréis si os dijere las celestiales?

13 Y nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo.

14 Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado;

15 Para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna.

16 Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

17 Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.

18 El que en él cree, no es condenado; mas el que no cree ya ha sido condenado, porque no creyó en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

19 Y esta es la condenación: Que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas.

20 Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.

21 Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sean manifiestas sus obras, que son hechas en Dios.

22 Después de esto, vino Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea y estuvo allí con ellos, y bautizaba.

23 Y bautizaba también Juan en Enón, junto a Salín, porque había allí muchas aguas; y venían, y eran bautizados.

24 Porque Juan no había sido aun puesto en la cárcel.

25 Y hubo una discusión entre los discípulos de Juan y los judíos acerca de la purificación.

26 Y vinieron a Juan y dijeron: Rabí, el que estaba contigo del otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, he aquí bautiza, y todos vienen a él.

27 Respondió Juan y dijo: No puede el hombre recibir algo, si no le fuere dado del cielo.

28 Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él.

29 El que tiene la esposa, el esposo es; mas el amigo del esposo, que esta cerca y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido.

30 Es necesario que él crezca, pero que yo disminuya.

31 El que viene de arriba, sobre todos es; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla: el que viene del cielo, sobre todos es.

32 Y lo que vio y oyó, esto testifica; y nadie recibe su testimonio.

33 El que recibe su testimonio, este ha sellado que Dios es verdadero,

34 Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; porque Dios no da el Espíritu por medida.

35 El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano.

36 El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas el que es incrédulo al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.

CAPÍTULO 4

CUANDO, pues, el Señor entendió que los Fariseos habían oído que Jesús hacía, y bautizaba mas discípulos que Juan,

2 (Aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos),

3 Salió de Judea, y se fue otra vez a Galilea.

4 Y le era necesario pasar por Samaria.

5 Vino, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José.

6 Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó, pues, en el pozo. Era como la hora sexta.

7 Vino una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: Dame de beber.

8 Pues sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.

9 La mujer Samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer Samaritana? Porque los judíos no tienen relaciones con los Samaritanos.

10 Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva.

11 La mujer le dice: Señor, no tienes con que sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva?

12 ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual él bebió, y sus hijos, y sus ganados?

13 Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed;

14 Mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; mas el agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.

15 La mujer le dice: Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla.

16 Jesús le dice: Ve, llama a tu marido, y ven acá.

17 Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dice: Bien has dicho: No tengo marido,

18 Porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad.

19 La mujer le dijo: Señor, me parece que tú eres profeta.

20 Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar.

21 Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre.

22 Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos.

23 Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores, adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.

24 Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.

25 La mujer le dijo: Sé que ha de venir el Mesías, que es llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas.

Vea ahora la página 23

26 Jesús le dijo: Yo soy, el que hablo contigo.
27 En eso vinieron sus discípulos, y se maravillaron de que hablaba con una mujer; mas ninguno dijo: ¿Qué buscas ó por qué hablas con ella?
28 Entonces la mujer dejó su cántaro y fue a la ciudad y dijo a los hombres:
29 Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿Si quizás es este el Cristo?
30 Entonces salieron de la ciudad y vinieron a él.
31 Entre tanto, los discípulos le rogaban diciendo: Maestro, come.
32 Mas él les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis.
33 Entonces los discípulos se decían el uno al otro: ¿Le habrá traído alguien de comer?
34 Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió y que acabe su obra.
35 ¿No decís vosotros: Aun faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos, y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega.
36 Y el que siega, recibe salario, y recoge fruto para la vida eterna; para que juntamente se gocen, el que siembra y el que siega,
37 Porque en esto es verdadero el dicho: Uno es que siembra y otro el que siega.
38 Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis: otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores.
39 Y muchos de los Samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer que daba testimonio: El me ha dicho todo lo que he hecho.
40 Entonces vinieron los Samaritanos a él, y le rogaron que se quedase con ellos, y se quedó allí dos días.
41 Y creyeron muchos más por la palabra de él.
42 Y decían a la mujer: Ya no creemos por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo, el Cristo.
43 Y dos días después, salió de allí y fue a Galilea,
44 Porque el mismo Jesús dio testimonio de que el profeta en su tierra no tiene honra.
45 Cuando vino a Galilea, los galileos lo recibieron, habiendo visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén, en la fiesta; porque ellos también habían ido a la fiesta.
46 Vino, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había en Cafarnaúm uno de la corte del rey, cuyo hijo estaba enfermo.
47 Este, cuando oyó que Jesús había venido de Judea a Galilea, vino a él y le rogó que descendiese, y sanase a su hijo, que estaba a punto de morir.
48 Entonces Jesús le dijo: Si no viereis señales y milagros no creeréis.
49 El de la corte del rey le dijo: Señor desciende antes que mi niño muera.
50 Jesús le dijo: Ve, tu hijo vive. Y el hombre creyó a la palabra que Jesús le dijo, y se fue.

51 Mas cuando él ya descendía, sus siervos salieron a recibirle y le dieron nuevas diciendo: Tu hijo vive.
52 Entonces él les preguntó a que hora empezó a estar mejor. Y le dijeron: Ayer a la hora séptima le dejó la fiebre.
53 El padre entonces entendió que aquella era la hora en que Jesús le dijo: Tu hijo vive; y creyó él con toda su casa.
54 Esta segunda señal volvió Jesús a hacer, cuando vino de Judea a Galilea.

CAPÍTULO 5

DESPUÉS de estas cosas, había una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén.
2 Y hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, que en Hebreo es llamado Betesda, el cual tiene cinco pórticos.
3 En ellos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que esperaban el movimiento del agua.
4 Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque y revolvía el agua; y el que primero descendía, después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese.
5 Y estaba allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo.
6 Cuando Jesús lo vio acostado, y como sabía que llevaba mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres ser sano?
7 Señor, le respondió el enfermo, no tengo hombre que me meta al estanque, porque mientras yo vengo, otro desciende antes que yo.
8 Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho y anda.
9 Y de inmediato aquel hombre fue sano, y tomó su lecho y anduvo. Y era sábado aquel día.
10 Entonces los Judíos dijeron a aquel que había sido sanado: Es Sábado, no te es lícito llevar tu lecho.
11 El les respondió: El que me hizo sano, el mismo me dijo: Toma tu lecho y anda.
12 Entonces le preguntaron: ¿Quién es el hombre que te dijo, toma tu lecho y anda?
13 Y el que había sido sanado, no sabía quien fuese; porque Jesús se había apartado de la multitud que estaba en aquel lugar.
14 Después le halló Jesús en el templo y le dijo: He aquí has sido sanado, no peques más, porque no venga alguna cosa peor.
15 El hombre se fue y dio aviso a los judíos, que Jesús era el que le había sanado.
16 Y por esta causa los judíos perseguían a Jesús y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en Sábado.
17 Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja y yo trabajo.
18 Entonces, por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose igual a Dios.
19 Respondió entonces Jesús y les dijo: De cierto de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que mire hacer al Padre: Porque todo lo que él hace, eso también hace el Hijo igualmente.

20 Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que el hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis.

21 Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quieren da vida.

22 Porque el Padre a nadie juzga, mas todo el juicio ha dado al Hijo.

23 Para que todos honren al Hijo así como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió.

24 De cierto de cierto os digo: que el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.

25 De cierto de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán.

26 Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo;

27 Y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del hombre.

28 No os maravilléis de esto; porque vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz;

29 Y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.

30 No puedo hacer nada de mí mismo; como oigo, así juzgo: y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, mas la voluntad del que me envió, el Padre.

31 Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero.

32 Otro es el que da testimonio de mí; y sé que el testimonio que da de mí, es verdadero.

33 Vosotros enviasteis a Juan, Y el dio testimonio a la verdad.

34 Pero yo no recibo testimonio de hombre; mas digo esto para que vosotros seáis salvos.

35 El era antorcha que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz.

36 Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan; porque las obras que el Padre me dio que cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado.

37 Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Ni nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto,

38 Ni tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis.

39 Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí;

40 Y no queréis venir a mí para que tengáis vida.

41 Gloria de los hombres no recibo.

42 Mas yo os conozco, que no tenéis amor de Dios en vosotros.

43 Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ese recibiréis.

44 ¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros; y la gloria que sólo viene de Dios, no buscáis?

45 No penséis que yo os acusaré delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien vosotros esperáis.

46 Porque si creyeseis a Moisés, a mí creeríais, porque de mí escribió él.

47 Pero si no creéis a sus escritos, ¿Cómo creeréis a mis palabras?

CAPÍTULO 6

DESPUÉS de estas cosas, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberiades.

2 Y le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía con los enfermos.

3 Y subió Jesús a un monte, y se sentó allí con sus discípulos.

4 Y estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos.

5 Y como alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman estos?

6 Mas esto decía para probarle, porque él sabía lo que había de hacer.

7 Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no les bastarían, para que cada uno de ellos tome un poco.

8 Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo:

9 Aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas, ¿qué es esto para tantos?

10 Entonces Jesús dijo: Haced recostar los hombres. Y había mucha hierba en aquel lugar; y se recostaron los varones como en número de cinco mil.

11 Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió a sus discípulos, y los discípulos a los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían.

12 Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierda nada.

13 Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos, que de los cinco panes de cebada, sobraron a los que habían comido.

14 Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: Este verdaderamente es el profeta que habría de venir al mundo.

15 Y entendiendo Jesús que habían de venir para arrebatarle, y hacerle rey, volvió a retirarse al monte el solo.

16 Al anochecer, descendieron sus discípulos a la mar,

17 Y entrando en una barca, iban cruzando el mar hacia Cafarnaúm. Y estaba ya oscuro, y Jesús no había venido a ellos.

18 Y se levantaba el mar por un gran viento que soplabá.

19 Y cuando hubieron remado como veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que andaba sobre el mar, y se acercaba a la barca; y temieron.

20 Mas él les dijo: Yo soy; no temáis.

21 Ellos entonces con gusto le recibieron en la barca; y luego la barca llegó en seguida a la tierra donde iban.

22 Y el día siguiente, la gente que estaba de la otra parte del mar, como vio que no había allí otra barquita sino una, y que Jesús no había entrado con sus discípulos en la barquita, sino que sus discípulos se habían ido solos;

23 Y que otras barquitas habían arribado de Tiberiades junto al lugar donde habían comido el pan después de haber dado gracias el Señor.

24 Cuando la multitud vio que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos, entraron en las barquitas y fueron a Cafarnaúm, buscando a Jesús;

25 Y hallándole de la otra parte del mar, le dijeron: Rabí, ¿Cuándo llegaste acá?

26 Respondió Jesús y les dijo: De cierto de cierto os digo, me buscáis, no porque vieron mis señales, sino porque comisteis de los panes y os saciasteis.

27 Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que permanece para vida eterna, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a este señaló Dios el Padre.

28 Y ellos le dijeron: ¿Qué haremos para que obremos las obras de Dios?

29 Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él envió.

30 Y ellos le dijeron: ¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos y te creamos? ¿Qué obras tú?

31 Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer.

32 Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo.

33 Porque el pan de Dios es el que descendió del cielo y da vida al mundo.

34 Le dijeron: Señor, danos siempre este pan.

35 Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida: el que a mí viene nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.

36 Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis.

37 Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene no le hecho fuera.

38 Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.

39 Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me ha dado, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero.

40 Y esta es la voluntad del que me envió: Que todo el que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna: y yo le resucitaré en el día postrero.

41 Murmuraban entonces de él los Judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo.

42 Y decían: ¿No es este Jesús, el hijo de José cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice este: Del cielo he descendido?

43 Jesús respondió y les dijo: No murmuréis entre vosotros.

44 Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré, en el día postrero.

45 Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó del Padre, y aprendió, viene a mí.

46 No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que es de Dios, este ha visto al Padre.

47 De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.

48 Yo soy el pan de vida.

49 Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron.

50 Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él coma, no muera.

51 Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo dar, es mi carne, la cual yo dar, para la vida del mundo.

52 Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede este darnos a comer su carne?

53 Y Jesús les dijo: De cierto de cierto os digo: Que si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre no tenéis vida en vosotros.

54 El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.

55 Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida.

56 El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él.

57 Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo quien me come, él también vivirá por mí.

58 Este es el pan que descendió del cielo: no como vuestros padres que comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente.

59 Estas cosas dijo él en la sinagoga, enseñando en Cafarnaúm.

60 Y muchos de sus discípulos oyéndolo, dijeron: Dura es esta palabra; ¿Quién la puede oír?

61 Sabiendo Jesús en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os escandaliza?

62 ¿Pues qué, si vieréis al Hijo del Hombre subir a donde estaba primero?

63 El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha: las palabras que yo os hablo son espíritu, y son vida.

64 Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quienes eran los que no creían, y quien le había de entregar.

65 Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre.

66 Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban más con él.

67 Y dijo Jesús a los doce: ¿Queréis vosotros iros también?

68 Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tu tienes palabras de vida eterna.

69 Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

70 Jesús les respondió: ¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?

71 Y hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón; porque este era el que le había de entregar, el cual era uno de los doce.

CAPÍTULO 7

Y pasadas estas cosas andaba Jesús en Galilea; pues no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle.

2 Y estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos,

3 Y le dijeron sus hermanos: Sal de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces.

4 Porque ninguno que procura ser conocido hace algo en oculto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo.

5 Porque ni aun sus hermanos creían en él.

6 Entonces Jesús les dijo: Mi tiempo aun no ha venido, mas vuestro tiempo siempre está presto.

7 No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas.

8 Vosotros subid a esta fiesta; yo no subo aun a esta fiesta, porque mi tiempo aun no es cumplido.

9 Y habiéndoles dicho esto, se quedó en Galilea.

10 Mas como sus hermanos habían subido, entonces él también subió a la fiesta, no manifestamente, sino como en secreto.

11 Y le buscaban los judíos en la fiesta, y decían: ¿Dónde está aquel?

12 Y había gran murmullo de él entre la gente; porque unos decían: Bueno es; y otros decían: No, antes engaña a las gentes.

13 Mas ninguno hablaba abiertamente de él, por miedo de los judíos.

14 Y al medio de la fiesta, subió Jesús al templo, y enseñaba.

15 Y los judíos se maravillaban diciendo: ¿Cómo sabe este letras, no habiendo aprendido?

16 Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió.

17 El que quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina si viene de Dios, o si yo hablo de mí mismo.

18 El que habla de sí mismo, su propia gloria busca; mas el que busca la gloria del que le envió, este es verdadero, y no hay en él injusticia.

19 ¿No os dio Moisés la ley, y ninguno de vosotros hace la ley? ¿Por qué me procuráis matar?

20 Respondió la gente, y dijo: Demonio tienes: ¿Quién procura matarte?

21 Jesús les respondió y dijo: Una obra hice y todos os maravilláis.

22 Cierto, Moisés os dio la circuncisión (no porque sea de Moisés, mas de los padres); y en sábado circuncidáis al hombre.

23 Si recibe el hombre la circuncisión en sábado, para que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿os enojáis conmigo porque en sábado hice sano todo un hombre?

24 No juzguéis según lo que parece, mas juzgad justo juicio.

25 Decían entonces unos de los de Jerusalén: ¿No es este al que buscan para matarle?

26 Y he aquí habla públicamente y no le dicen nada; ¿Si habrán entendido verdaderamente los príncipes, que este es el Cristo?

27 Mas este, sabemos de donde es: y cuando viniere el Cristo, nadie sabrá de donde sea.

28 Entonces clamó Jesús en el templo, enseñando y diciendo: Y a mí me conocéis, y sabéis de donde soy: y no he venido de mí mismo; mas el que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis.

29 Pero yo le conozco, porque de él procedo, y él me envió.

30 Entonces procuraban prenderle: mas ninguno le echó mano, porque aun no había venido su hora.

31 Y muchos del pueblo creyeron en él, y decían: El Cristo, cuando viniere, ¿hará más señales que las que este ha hecho?

32 Los Fariseos oyeron a la gente que murmuraba de él estas cosas; y los príncipes de los sacerdotes y los Fariseos enviaron alguaciles que le prendiesen.

33 Y Jesús les dijo: Aun un poco de tiempo estoy con vosotros, y voy al que me envió.

34 Me buscaréis, y no me hallaréis; y donde yo estoy, vosotros no podéis venir.

35 Entonces los judíos dijeron entre sí: ¿A dónde se ha de ir este que no le hallemos? ¿Se ha de ir a los esparcidos entre los griegos, y a enseñar a los griegos?

36 ¿Que dicho es este que dijo: Me buscaréis y no me hallaréis; y donde yo estoy, vosotros no podéis venir?

37 Mas en el postrer día grande de la fiesta, Jesús se puso de pie, y clamó diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.

38 El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su vientre.

39 (Y esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él: pues aun no había venido el Espíritu Santo; porque Jesús no estaba aun glorificado.)

40 Entonces muchos de la multitud, oyendo este dicho, decían: Verdaderamente este es el profeta.

41 Otros decían: Este es el Cristo. Pero algunos decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo?

42 ¿No dice la Escritura, que de la simiente de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, vendrá el Cristo?

43 Hubo entonces disensión entre la gente acerca de él.

44 Y algunos de ellos querían prenderle; mas ninguno le echó mano.

45 Los alguaciles vinieron a los principales sacerdotes y a los Fariseos; y ellos les dijeron: ¿Por qué no le trajisteis?

46 Los alguaciles respondieron: Nunca ha hablado hombre así como este hombre.

47 Entonces los Fariseos les respondieron: ¿Estáis también vosotros engañados?

48 ¿Ha creído en él alguno de los príncipes ó de los Fariseos?

49 Mas esta gentuza que no sabe la ley, malditos son.

50 Les dice Nicodemo, (el que vino a él de noche, el cual era uno de ellos):

51 ¿Juzga nuestra ley a hombre, si primero no oyere de él, y entendiere lo que ha hecho?

52 Respondieron y le dijeron: ¿Eres tú también Galileo? Escudriña y ve que de Galilea nunca se levantó

profeta.

53 Y se fueron cada uno a su casa.

CAPÍTULO 8

Y Jesús se fue al monte de las Olivas.

2 Y por la mañana volvió al templo, y todo el pueblo vino a él: y sentado él, les enseñaba.

3 Entonces los escribas y los Fariseos le traen una mujer tomada en adulterio; y poniéndola en medio,

4 Le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido tomada en el mismo hecho, adulterando;

5 Y en la ley Moisés nos mandó apedrear a las tales: tú pues, ¿qué dices?

6 Mas esto decían tentándole, para poder acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia abajo, escribía en tierra con el dedo.

7 Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, arroje primeramente contra ella la piedra.

8 Y volviéndose a inclinar hacia abajo, escribía en tierra.

9 Oyendo, pues, ellos, redargüidos en su conciencia, se salían de uno en uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros: y quedó solo Jesús y la mujer que estaba en medio.

10 Y enderezándose Jesús y no viendo a nadie más que a la mujer, le dijo: Mujer, ¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?

11 Y ella dijo: Señor, ninguno. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno: vete, y no peques más.

12 Y les habló Jesús otra vez diciendo: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no andará en tinieblas, mas tendrá la luz de la vida.

13 Entonces los Fariseos le dijeron: Tú de ti mismo das testimonio: tu testimonio no es verdadero.

14 Respondió Jesús y les dijo: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de donde he venido y a donde voy; mas vosotros no sabéis de donde vengo ni a donde voy.

15 Vosotros según la carne juzgáis; mas yo no juzgo a nadie.

16 Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy solo, sino yo y el que me envió, el Padre.

17 Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero.

18 Yo soy el que da testimonio de mí mismo: y el que me envió, el Padre, da testimonio de mí.

19 Y le decían: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, a mi Padre también conoceríais

20 Estas palabras habló Jesús en el lugar de las ofrendas, enseñando en el templo: y nadie lo prendió; porque aun no había llegado su hora.

21 Y les dijo otra vez Jesús: Yo me voy, y me buscaréis,

mas en vuestro pecado moriréis: a donde yo voy, vosotros no podéis venir.

22 Decían entonces los judíos: ¿Se ha de matar a sí mismo que dice: A donde yo voy, vosotros no podéis venir?

23 Y les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.

24 Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creyeres que yo soy, en vuestros pecados moriréis.

25 Y le dijeron: ¿Tú quién eres? Entonces Jesús les dijo: El que al principio también os he dicho.

26 Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; mas el que me envió, es verdadero: y yo lo que he oído de él, esto hablo en este mundo.

27 Mas no entendieron que él les hablaba del Padre.

28 Les dijo, pues, Jesús: Cuando levantareis al Hijo del hombre, entonces entenderéis que yo soy, y que nada hago de mí mismo; mas como el Padre me enseñó, esto hablo.

29 Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre; porque yo, lo que a él agrada, hago siempre.

30 Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él.

31 Y decía Jesús a los Judíos que le habían creído: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos;

32 Y conoceréis la verdad y la verdad os libertará.

33 Y le respondieron: Simiente de Abraham somos, y jamás servimos a nadie: ¿Cómo dices tú: seréis libres?

34 Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, es siervo del pecado.

35 Y el siervo no queda en casa para siempre; el hijo queda para siempre.

36 Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.

37 Yo sé que sois simiente de Abraham: mas procuraré matarme, porque mi palabra no cabe en vosotros.

38 Yo hablo lo que he visto cerca de mi Padre; y vosotros hacéis lo que habéis visto cerca de vuestro padre.

39 Respondiendo le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dice: Si fuerais hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais.

40 Pero ahora procuráis matarme, hombre que os he hablado la verdad, la que he oído de Dios: no hizo esto Abraham.

41 Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios.

42 Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuera Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; porque no he venido de mí mismo, mas él me envió.

43 ¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra.

44 Vosotros de vuestro padre el diablo sois, y los deseos de vuestro padre queréis cumplir: Él, homicida ha sido desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla

mentira de suyo habla; porque es mentiroso y padre de mentira.

45 Y porque yo digo verdad, no me creéis.

46 ¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Pues si digo verdad, ¿por qué vosotros no me creéis?

47 El que es de Dios, las palabras de Dios oye: por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios.

48 Respondiendo entonces los judíos le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano, y que tienes demonio?

49 Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre; y vosotros me habéis deshonrado.

50 Y yo no busco mi gloria: hay quien la busque, y juzgue.

51 De cierto, de cierto os digo, que el que guardare mi palabra, no verá muerte para siempre.

52 Entonces los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas, y tú dices: El que guardare mi palabra, no gustará muerte para siempre.

53 ¿Eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? Y los profetas murieron: ¿quién te haces a ti mismo?

54 Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria es nada: mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios.

55 Y no le conocéis: mas yo le conozco; y si dijere que no le conozco, seré como vosotros, mentiroso: mas le conozco, y guardo su palabra.

56 Abraham vuestro padre se gozó por ver mi día; y lo vio, y se gozó.

57 Los judíos entonces le dijeron: Aun no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?

58 Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy.

59 Tomaron entonces piedras para tirarle: mas Jesús se encubrió, y salió del templo; y atravesando por medio de ellos, se fue.

CAPÍTULO 9

Y pasando Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento.

2 Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que naciese ciego?

3 Respondió Jesús: Ni este pecó, ni sus padres: mas para que las obras de Dios se manifiesten en él.

4 Me conviene obrar las obras del que me envió, entre tanto que el día dura: la noche viene, cuando nadie puede obrar.

5 Entre tanto que estuviere en el mundo, luz soy del mundo.

6 Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo en los ojos del ciego,

7 Y le dijo: Ve, y lávate en el estanque de Siloé, (que significa, si lo interpretas, Enviado). Y fue entonces, y se lavó, y volvió viendo.

8 Entonces los vecinos, y los que antes lo habían visto que era ciego, decían: ¿No es este el que se sentaba y mendigaba?

9 Otros decían: Este es; y otros: A él se parece. El decía: Yo soy.

10 Y le decían: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos?

11 Respondió él y dijo: El hombre que se llama Jesús, hizo lodo, y me untó en los ojos, y me dijo: Ve al estanque de Siloé, y lávate: y fui y me lavé, y recibí la vista.

12 Entonces le dijeron: ¿Dónde está aquel? El dice: No sé.

13 Llevaron a los Fariseos al que antes había sido ciego.

14 Y era Sábado cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos.

15 Y le volvieron a preguntar también los Fariseos de qué manera había recibido la vista. Y él les dijo: Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y ahora veo.

16 Entonces unos de los Fariseos decían: Este hombre no es de Dios, porque no guarda el Sábado. Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales? Y había disensión entre ellos.

17 Vuelven a decir al ciego: ¿Tú que dices del que te abrió los ojos? Y él dijo: Que es un profeta.

18 Mas los judíos no creían de él, que había sido ciego, y hubiese recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista.

19 Y les preguntaron, diciendo: ¿Es este vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?

20 Sus padres respondieron, y dijeron: Sabemos que este es nuestro hijo, y que nació ciego:

21 Mas cómo vea ahora, no sabemos; o quien le haya abierto los ojos, nosotros no lo sabemos; él tiene edad, preguntadle a él; él hablará de sí.

22 Esto dijeron sus padres, porque tenían miedo de los judíos: porque ya los judíos habían resuelto que si alguno confesase ser él el Mesías, fuese expulsado de la sinagoga.

23 Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadle a él.

24 Así que, volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios: nosotros sabemos que este hombre es pecador.

25 Entonces el respondió y dijo: Si es pecador, no lo sé: una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.

26 Y le volvieron a decir: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?

27 El les respondió: Ya os lo he dicho, y no lo habéis oído: ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?

28 Y le ultrajaron, y dijeron: Tú seas su discípulo; pero nosotros discípulos de Moisés somos.

29 Nosotros sabemos que a Moisés habló Dios: mas este no sabemos de donde es.

30 Respondió el hombre y les dijo: Cierto, maravillosa cosa es esta, que vosotros no sabéis de donde sea, y a mí me abrió los ojos.

31 Y sabemos que Dios no oye a los pecadores: mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a este oye.

32 Desde el principio del mundo no fue oído que alguno abriese los ojos de uno que nació ciego.

33 Si este no fuera de Dios, no pudiera hacer nada.

34 Respondieron, y le dijeron: En pecados eres nacido

todo, ¿y tú nos enseñas? Y le echaron fuera.
35 Oyó Jesús que le habían echado fuera; y hallándole le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios?
36 Respondió él y dijo: ¿Quién es Señor, para que crea en él?
37 Jesús le dijo: Y le has visto, y el que habla contigo, él es.
38 Y él dice: Creo, Señor; y le adoró.
39 Y dijo Jesús: Yo, para juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, sean cegados.
40 Y algunos de los Fariseos que estaban con él oyeron esto, y dijeron: ¿Somos nosotros también ciegos?
41 Jesús les dijo: Si fuerais ciegos, no tuvierais pecado: mas ahora porque decís, Vemos, por tanto vuestro pecado permanece.

CAPÍTULO 10

DE cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el corral de las ovejas, mas sube por otra parte, el tal es ladrón y robador.
2 Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es.
3 A este abre el portero, y las ovejas oyen su voz: y a sus ovejas llama por nombre, y las saca.
4 Y como ha sacado fuera sus ovejas, va delante de ellas: y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.
5 Mas al extraño no seguirán, antes huirán de él: porque no conocen la voz de los extraños.
6 Esta parábola les dijo Jesús, mas ellos no entendieron que era lo que les decía,
7 Jesús, pues, les volvió a decir: De cierto, de cierto os digo, que yo soy la puerta de las ovejas.
8 Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y robadores; mas no los oyeron las ovejas.
9 Yo soy la puerta: el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos.
10 El ladrón no viene sino para hurtar, y matar, y destruir: yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.
11 Yo soy el buen pastor: el buen pastor, su vida da por las ovejas.
12 Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quién no son propias las ovejas, ve al lobo que viene, y deja las ovejas, y huye: y el lobo arrebató y esparce las ovejas.
13 Así que, el asalariado huye porque es asalariado, y no tiene cuidado de las ovejas.
14 Yo soy el buen pastor: y conozco mis ovejas, y las mías me conocen.
15 Como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre: y pongo mi vida por las ovejas.
16 También tengo otras ovejas que no son de este redil: aquellas también me conviene traer, y oirán mi voz, y habrá un rebaño, y un pastor.
17 Por ello me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar.
18 Nadie me la quita, mas yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para

volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.
19 Y volvió a haber disensión entre los judíos por estas palabras.
20 Y muchos de ellos decían: Demonio tiene, y está fuera de sí: ¿Para qué le oís?
21 Decían otros: Estas palabras no son de endemoniado: ¿puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?
22 Y se hacía la fiesta de la dedicación en Jerusalén; y era invierno.
23 Y Jesús andaba en el templo, por el pórtico de Salomón.
24 Y le rodearon los judíos, y le dijeron: ¿Hasta cuando nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente.
25 Jesús les respondió: Os lo he dicho, y no lo creéis: las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí.
26 Mas vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas, como os he dicho.
27 Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y me siguen.
28 Y yo les doy vida eterna: y no perecerán para siempre, ni nadie las arrebatará de mi mano.
29 Mi Padre que me las dio, mayor que todos es: y nadie las puede arrebatarse de la mano de mi Padre.
30 Yo y el Padre una cosa somos.
31 Entonces volvieron a tomar piedras los judíos para apedrearle.
32 Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿Por cuál de esas obras me apedreáis?
33 Los judíos le respondieron, diciendo: no te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia; y porque tú siendo hombre, te haces Dios.
34 Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois?
35 Si dijo, dioses, a aquellos a los cuales fue hecha palabra de Dios, y la Escritura no puede ser quebrantada;
36 ¿A quien el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?
37 Si no hago obras de mi Padre, no me creáis.
38 Mas si las hago, aunque a mí no creáis, creed a las obras; para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí y yo en él.
39 Y procuraban otra vez prenderle; mas él se salió de sus manos.
40 Y se volvió tras el Jordán, a aquel lugar donde primero había estado bautizando Juan; y se estuvo allí.
41 Y muchos venían a él, y decían: Juan a la verdad ninguna señal hizo; mas todo lo que Juan dijo de este, era verdad.
42 Y muchos creyeron allí en él.

CAPÍTULO 11

ESTABA entonces enfermo uno llamado Lázaro, de

Betania, la aldea de María y de Marta su hermana.
2 (Y María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, era la que ungió al Señor con unguento, y limpió sus pies con sus cabellos.)
3 Enviaron, pues, sus hermanas a él, diciendo: Señor, he aquí, el que amas está enfermo.
4 Y oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, mas para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.
5 Y amaba Jesús a Marta, y a su hermana, y a Lázaro.
6 Como oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó aun dos días en aquel lugar donde estaba.
7 Luego, después de esto, dijo a sus discípulos: Vamos a Judea otra vez.
8 Le dijeron sus discípulos: Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y vas otra vez allá?
9 Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo.
10 Mas el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él.
11 Dicho esto, les dice después: Lázaro nuestro amigo duerme; mas voy a despertarle del sueño.
12 Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sano estará.
13 Mas esto decía Jesús de la muerte de él: y ellos pensaron que hablaba de sueño de dormir.
14 Entonces, pues, Jesús les dijo claramente: Lázaro es muerto;
15 Y me alegro por vosotros, que yo no haya estado allí, para que creáis: mas vamos a él.
16 Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él.
17 Vino pues Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que estaba en el sepulcro.
18 Y Betania estaba cerca de Jerusalén, como quince estadios;
19 Y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María a consolarlas de su hermano.
20 Entonces Marta, como oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; mas María se quedó en casa.
21 Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no fuera muerto.
22 Mas también se ahora, que todo lo que pidieres de Dios, te dará Dios.
23 Jesús le dijo: Resucitaré tu hermano.
24 Marta le dice: Yo se que resucitaré en la resurrección, en el día postrero.
25 Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.
26 Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?
27 Le dijo: Sí Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.
28 Y dicho esto, se fue, y llamó en secreto a María su hermana, diciendo: El Maestro está aquí y te llama.
29 Ella, cuando lo oyó, se levantó prestamente, y vino a él.
30 Porque Jesús aun no había llegado a la aldea, mas estaba en aquel lugar donde Marta le había

encontrado.
31 Entonces los judíos que estaban en casa con ella, y la consolaban, como vieron que María se había levantado prestamente, y había salido, la siguieron, diciendo: Va al sepulcro a llorar allí.
32 Mas María, como vino donde estaba Jesús, viéndole, se derribó a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.
33 Jesús entonces, como la vio llorando, y a los judíos que habían venido juntamente con ella llorando, se conmovió en espíritu, y se turbó.
34 Y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dicen: Señor, ven y ve.
35 Jesús lloró.
36 Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba.
37 Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía este que abrió los ojos al ciego, hacer que este no muriera?
38 Y Jesús, conmoviéndose otra vez en sí mismo, vino al sepulcro. Era una cueva, la cual tenía una piedra encima.
39 Dice Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había sido muerto, le dice: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días.
40 Jesús le dice: ¿No te he dicho que si creyeres, verás la gloria de Dios?
41 Entonces quitaron la piedra de donde el muerto había sido puesto. Y Jesús, alzando los ojos arriba, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído.
42 Yo sabía que siempre me oyes, mas por causa de la compañía que está alrededor, lo dije, para que crean que tú me has enviado.
43 Y habiendo dicho estas cosas, clamó a gran voz: Lázaro, ven fuera.
44 Y el que había estado muerto, salió, atadas las manos y los pies con vendas; y su rostro estaba envuelto en un sudario. Jesús les dice: Desatadle y dejadle ir.
45 Entonces muchos de los judíos que habían venido a María, y habían visto lo que había hecho Jesús, creyeron en él.
46 Mas algunos de ellos fueron a los Fariseos, y les dijeron lo que Jesús había hecho.
47 Entonces los principales sacerdotes y los Fariseos reunieron un concilio, y decían: ¿Qué hacemos? porque este hombre hace muchas señales.
48 Si le dejamos así, todos creerán en él: y vendrán los romanos, y quitarán nuestro lugar y la nación.
49 Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote de aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada.
50 Ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda.
51 Mas esto no lo dijo de sí mismo; sino que, como era el sumo sacerdote de aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación:
52 Y no solamente por aquella nación, mas también para que juntase en uno los hijos de Dios que estaban dispersos.
53 Así que, desde aquel día consultaban juntos de matarle.
54 Por tanto Jesús ya no andaba manifiestamente entre los judíos; mas se fue de allí a la tierra que está

junto al desierto, a una ciudad llamada Efraín: y se quedó allí con sus discípulos.

55 Y la pascua de los judíos estaba cerca; y muchos de la tierra subieron a Jerusalén antes de la pascua, para purificarse;

56 Y buscaban a Jesús, y hablaban los unos con los otros estando en el templo: ¿Qué os parece, no vendrá él a la fiesta?

57 Y los sacerdotes y los Fariseos habían dado mandamiento, que si alguno supiese donde estuviera, lo manifestase para que le prendiesen.

CAPÍTULO 12

JESÚS, pues, seis días antes de la pascua, vino a Betania, donde Lázaro había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos.

2 Y le hicieron allí una cena: y Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa juntamente con él.

3 Entonces María tomó una libra de unguento de nardo líquido de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y limpió sus pies con sus cabellos: y la casa se llenó del olor del unguento.

4 Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, hijo de Simón, el que le había de entregar:

5 ¿Por qué no se ha vendido este unguento por trescientos denarios, y dado a los pobres?

6 Mas esto dijo, no por el cuidado que tenía de los pobres; sino porque era ladrón, y tenía la bolsa, y traía lo que se echaba en ella.

7 Entonces Jesús dijo: Déjala, para el día de mi sepultura ha guardado esto;

8 Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, mas a mí no siempre me tenéis.

9 Entonces mucha gente de los judíos entendió que él estaba allí; y vinieron no solamente por causa de Jesús, mas también por ver a Lázaro, al cual había resucitado de los muertos.

10 Consultaron asimismo los principales sacerdotes, de matar también a Lázaro:

11 Porque muchos de los judíos iban y creían en Jesús por causa de él.

12 El siguiente día, mucha gente que había venido a la fiesta, como oyeron que Jesús venía a Jerusalén,

13 Tomaron ramas de palmas, y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna, Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!

14 Y halló Jesús un asnillo, y se sentó sobre él, como está escrito:

15 No temas, hija de Sión: he aquí tu Rey viene, sentado sobre un pollino de asna.

16 Mas estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas de él, y que le hicieron estas cosas.

17 Y la gente que estaba con él, daba testimonio de cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y lo resucitó de los muertos.

18 Por lo cual había venido la gente a recibirle, porque habían oído que él había hecho esta señal.

19 Mas los Fariseos dijeron entre sí: ¿Veis que nada

aprovecháis? He aquí que el mundo se va tras de él.

20 Y había ciertos griegos de los que habían subido a adorar en la fiesta:

21 Estos pues, se llegaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús.

22 Vino Felipe y lo dijo a Andrés: Andrés entonces, y Felipe, lo dicen a Jesús.

23 Entonces Jesús les respondió, diciendo: La hora viene en que el Hijo del hombre ha de ser glorificado.

24 De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; mas si muere, mucho fruto lleva.

25 El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará.

26 El que me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. El que me sirviere, mi Padre lo honrará.

27 Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas para esto he venido a esta hora.

28 Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Y lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez.

29 Y la gente que estaba presente, y había oído, decía que había sido trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado.

30 Respondió Jesús, y dijo: No ha venido esta voz por mi causa, mas por causa de vosotros.

31 Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera.

32 Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos traeré a mí mismo.

33 Y esto decía dando a entender de que muerte había de morir.

34 Respondió la gente: Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre: ¿Cómo pues, dices tú, conviene que el Hijo del hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del hombre?

35 Entonces Jesús les dijo: Aun por un poco estará la luz entre vosotros: andad entre tanto que tenéis luz, porque no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va.

36 Entretanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz. Estas cosas habló Jesús, y se fue, y se escondió de ellos.

37 Mas aun, que había hecho delante de ellos tantas señales, no creían en él.

38 Para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías que dijo: ¿Señor, quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?

39 Por esto no podían creer, porque otra vez dijo Isaías:

40 Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan de corazón, y se conviertan, y yo los sane.

41 Estas cosas dijo Isaías cuando vio su gloria, y habló de él.

42 Con todo esto, aun de los príncipes, muchos creyeron en él; mas por causa de los Fariseos no lo confesaban, por no ser echados de la sinagoga.

43 Porque amaban mas la gloria de los hombres que

la gloria de Dios.

44 Mas Jesús clamó, y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió.

45 Y el que me ve, ve al que me envió.

46 Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí, no permanezca en tinieblas.

47 Y el que oyere mis palabras, y no las creyere, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo.

48 El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quién le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero.

49 Porque yo no he hablado de mí mismo: mas el Padre que me envió, el me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar.

50 Y sé que su mandamiento es vida eterna: así que, lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así hablo.

CAPÍTULO 13

ANTES de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

2 Y acabada la cena, como el diablo ya había metido en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase,

3 Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba.

4 Se levantó de la cena, y se quitó la ropa, y tomando una toalla, se ciñó.

5 Luego puso agua en una vasija, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido.

6 Viene entonces a Simón Pedro, y este le dice: Señor, ¿tú me lavas los pies?

7 Respondió Jesús, y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; mas lo entenderás después.

8 Pedro le dice: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.

9 Le dice Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, mas aun las manos y la cabeza.

10 Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino que lave sus pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos.

11 Porque sabía quien era el que le entregaba; por eso dijo: No estáis limpios todos.

12 Así que, después que les hubo lavado los pies, y tomado su ropa, volviéndose a sentar otra vez, les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho?

13 Vosotros me llamáis Maestro y Señor: y decís bien; porque lo soy.

14 Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavar los pies los unos a los otros.

15 Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.

16 De cierto de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió.

17 Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis.

18 No hablo de todos vosotros: yo sé los que he elegido; mas para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar.

19 Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy.

20 De cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, a mí recibe; y el que a mí recibe, recibe al que me envió.

21 Como hubo Jesús dicho esto, fue conmovido en espíritu, y protestó y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me ha de entregar.

22 Entonces los discípulos se miraban los unos a los otros, dudando de quien hablaba.

23 Y uno de los discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado en el seno de Jesús.

24 A este pues, hizo señas Simón Pedro, para que preguntase quien era aquel de quien hablaba.

25 Entonces recostado sobre el pecho de Jesús, le dice: ¿Señor, quién es?

26 Respondió Jesús: Aquel es, a quien yo diere el pan mojado. Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón.

27 Y tras el bocado, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: Lo que haces, hazlo más pronto.

28 Mas ninguno de los que estaban a la mesa entendió con qué propósito se lo dijo.

29 Porque algunos pensaban, porque Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: Compra las cosas que nos son necesarias para la fiesta: ó que diese algo a los pobres.

30 Como él pues, hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche.

31 Entonces como él salió, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él.

32 Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo: y luego le glorificará.

33 Hijitos, aun un poco estoy con vosotros. Me buscaréis; mas, como dije a los judíos: Donde yo voy, vosotros no podéis venir; así digo a vosotros ahora.

34 Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros: como yo os he amado, que también os améis los unos a los otros.

35 En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuvieréis amor los unos a los otros.

36 Simón Pedro le dice: Señor, ¿a dónde vas? Jesús le respondió: Donde yo voy, no me puedes ahora seguir; mas me seguirás después.

37 Pedro le dice: Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? mi vida pondré, por ti.

38 Jesús le respondió: ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces.

CAPÍTULO 14

NO se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.

2 En la casa de mi Padre muchas moradas hay: si así

no fuera, os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.

3 Y si me fuere, y os aparejare el lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo: para que donde yo estoy, vosotros también estéis.

4 Y sabéis a donde yo voy, y sabéis el camino.

5 Tomás le dice: Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo, pues, podemos saber el camino?

6 Jesús le dice: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida: nadie viene al Padre, sino por mí.

7 Si me conociereis, también a mi Padre conoceréis; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto.

8 Felipe le dice: Muéstranos al Padre, y nos basta.

9 Jesús le dice: ¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto, ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre?

10 ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo: mas el Padre que está en mí, él hace las obras.

11 Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí: de otra manera, creedme por las mismas obras.

12 De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará, y mayores que estas hará; porque yo voy al Padre.

13 Y todo lo que pidieréis en mi nombre, esto haré: para que el Padre sea glorificado en el Hijo.

14 Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré.

15 Si me amáis, guardad mis mandamientos.

16 Y yo rogaré al Padre, el cual os dará otro consolador para que esté con vosotros para siempre:

17 Al Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir; porque no le ve, ni le conoce; mas vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros.

18 No os dejar, huérfanos, vendrá a vosotros.

19 Aun un poquito y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis: porque yo vivo, vosotros también viviréis.

20 En aquel día vosotros conoceréis que yo soy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.

21 El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él.

22 Judas le dice, no el Iscariote: Señor, ¿Qué hay porque te has de manifestar a nosotros, y no al mundo?

23 Respondió Jesús, y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos con él morada.

24 El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído, no es mía, sino del Padre que me envió.

25 Estas cosas os he hablado estando con vosotros.

26 Mas aquel Consolador, el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todas las cosas que os he dicho.

27 La paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da, yo os la doy: no se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.

28 Habéis oído como yo os he dicho: Voy y vengo a

vosotros. Si me amaseis, cierta-mente os gozaríais, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo.

29 Y ahora os lo he dicho antes que se haga; para cuando se hiciere, creáis.

30 Ya no hablaré mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, mas no tiene nada en mí.

31 Mas para que conozca el mundo que amo al Padre, y como el Padre me dio manda-miento, así hago. Levantaos, vamos de aquí.

CAPÍTULO 15

YO soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.

2 Toda rama que en mí no lleva fruto, la quita; y toda aquella que lleva fruto, la limpia, para que lleve más fruto.

3 Ya vosotros sois limpios por la palabra que os he hablado.

4 Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como la rama no puede llevar fruto de sí misma, si no permaneciere en la vid, así vosotros, si no permaneciereis en mí.

5 Yo soy la vid, vosotros las ramas: el que está en mí y yo en él, este lleva mucho fruto: porque sin mí, nada podéis hacer.

6 El que en mí no permaneciere, será echado fuera como rama, y se secará; y las recogen, y las echan en el fuego, y arden.

7 Si permaneciereis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, todo lo que quisieréis pediréis, y os será hecho.

8 En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos.

9 Como el Padre me amó, también yo os he amado: permaneced en mi amor.

10 Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor.

11 Estas cosas os he hablado para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

12 Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros, como yo os amé.

13 Nadie tiene mayor amor que este: que ponga alguno su vida por sus amigos.

14 Vosotros sois mis amigos, si hiciereis las cosas que yo os mando.

15 Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; mas os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os he dado a conocer.

16 No me elegisteis vosotros a mí, mas yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto; y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé.

17 Esto os mando: Que os améis los unos a los otros.

18 Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me aborreció antes que a vosotros.

19 Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso os aborrece el mundo.

20 Acordaos de la palabra que yo os he dicho: No es el siervo mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros perseguirán: si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra.

21 Mas todo esto os harán por causa de mi nombre; porque no conocen al que me ha enviado.

22 Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tuvieran pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado.

23 El que me aborrece, también a mi Padre aborrece.

24 Si no hubiere hecho entre ellos obras cuales ninguno otro ha hecho, no tendrían pecado; mas ahora ellos las han visto, y me aborrecen a mí, y a mi Padre.

25 Mas para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Sin causa me aborrecieron.

26 Mas cuando viniere el Consolador, el cual yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio de mí.

27 Y vosotros también daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.

CAPÍTULO 16

ESTAS cosas os he hablado para que no os escandalicéis.

2 Os echarán de las sinagogas; y aun la hora viene, cuando cualquiera que os mate, pensará que hace servicio a Dios.

3 Y estas cosas os harán, porque no conocen ni al Padre ni a mí.

4 Mas os he dicho esto, para que cuando aquella hora viniere, os acordéis de ello, que yo os lo había dicho. Mas esto no lo dije al principio, porque yo estaba con vosotros.

5 Mas ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas?

6 Antes, porque he hablado estas cosas, tristeza ha henchido vuestro corazón.

7 Pero yo os digo la verdad, que os es necesario que yo vaya; porque si yo no fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.

8 Y cuando él venga, redarguirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio.

9 De pecado, por cuanto no creen en mí.

10 De justicia, por cuanto voy al Padre y no me veréis más:

11 De juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ya es juzgado.

12 Aun tengo muchas cosas que deciros, mas ahora no las podéis llevar.

13 Mas cuando viniere aquel Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad; porque no hablará de sí mismo, mas todo lo que oyere hablará; y las cosas que han de venir os hará saber.

14 Él me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.

15 Todo lo que tiene el Padre, es mío: por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.

16 Aun un poco y no me veréis; y otra vez un poco y me veréis.

17 Entonces dijeron algunos de sus discípulos unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: un poco y no me veréis; y otra vez un poco y me veréis; y porque yo voy al Padre?

18 Así que decían: ¿Qué es esto que nos dice: un poco? No sabemos lo que dice.

19 Y conoció Jesús que le querían preguntar, y les dijo: ¿Preguntáis entre vosotros de esto que dije: Un poco y no me veréis; y otra vez un poco y me veréis?

20 De cierto de cierto os digo: Que vosotros lloraréis y lamentaréis y el mundo se alegrará: y vosotros estaréis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo.

21 La mujer cuando da a luz tiene dolor porque es venida su hora, mas después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo.

22 También, pues, vosotros ahora tenéis tristeza; mas otra vez os veré y se gozará vuestro corazón, y nadie quitará de vosotros vuestro gozo.

23 Y en aquel día no me preguntaréis nada. De cierto de cierto os digo: Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará.

24 Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre: pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.

25 Estas cosas os he hablado en proverbios; mas la hora viene cuando ya no os hablaré en proverbios, sino que claramente os anunciaré de mi Padre.

26 Aquel día pediréis en mi nombre y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros;

27 Porque el mismo Padre os ama, por cuanto vosotros me amasteis, y habéis creído que yo salí de Dios.

28 Salí del Padre, y he venido al mundo: otra vez dejo al mundo, y voy al Padre.

29 Le dicen sus discípulos: He aquí, ahora hablas claramente, y ningún proverbio dices.

30 Ahora entendemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte: en esto sabemos que has salido de Dios.

31 Jesús les respondió: ¿Ahora creéis?

32 He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno a los suyos, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo.

33 Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz: en el mundo tendréis aflicción; mas confiad, yo he vencido al mundo.

CAPÍTULO 17

ESTAS cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo para que también tu Hijo te glorifique a ti:

2 Como le has dado potestad sobre toda carne, para que a todos los que les diste, les de vida eterna.

3 Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú enviaste.

4 Yo te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me diste que hiciese.

5 Ahora pues, Padre, glorifícame tú en ti mismo con

aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.

6 He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y guardaron tu palabra.

7 Ahora han ya conocido que todas las cosas que me diste son de ti.

8 Porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste.

9 Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque tuyos son.

10 Y todas mis cosas son tus cosas, y tus cosas son mis cosas; y he sido glorificado en ellas.

11 Y ya no estoy en el mundo; mas estos están en el mundo, que yo a ti vengo. Padre santo, guárdalos por tu nombre; a los cuales me has dado, para que sean uno, así como nosotros.

12 Cuando yo estaba con ellos en el mundo yo los guardaba por tu nombre, a los cuales me diste: yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera.

13 Mas ahora vengo a ti, y hablo estas cosas en el mundo, para que ellos tengan mi gozo cumplido en sí mismos.

14 Yo les dí tu palabra, y el mundo los ha aborrecido; porque ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

15 No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.

16 No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

17 Santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad.

18 Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo.

19 Y por ellos yo me santifico a mí mismo; para que también ellos sean santificados por la verdad.

20 Mas no ruego solamente por ellos; sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.

21 Para que todos sean uno: así como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti; que también ellos en nosotros sean uno; para que el mundo crea que tú me enviaste.

22 Y yo la gloria que me diste, les he dado; para que sean uno, como también nosotros somos uno.

23 Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en uno, y para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos, como también a mí me has amado.

24 Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos también estén conmigo; para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.

25 Padre justo, el mundo no te ha conocido; mas yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste.

26 Y yo les hice conocer tu nombre, y lo haré conocer; para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

discípulos tras el arroyo de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró él, y sus discípulos.

2 Y también Judas, el que le entregaba, conocía aquel lugar, porque muchas veces Jesús se juntaba allí con sus discípulos.

3 Judas pues, tomando una compañía de soldados, y ministros de los sumos sacerdotes y de los Fariseos, vino allí con linternas y antorchas, y con armas.

4 Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que habían de venir sobre él, salió delante, y les dijo: ¿A quién buscáis?

5 Le respondieron: A Jesús Nazareno. Jesús les dice: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas el que le entregaba.

6 Y como les dijo: Yo soy, volvieron atrás, y cayeron en tierra.

7 Jesús pues, les volvió a preguntar: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús Nazareno.

8 Jesús respondió: Ya os he dicho que yo soy; pues si a mí buscáis, dejad ir a estos;

9 Para que se cumpliera la palabra que había dicho: De los que me diste ninguno de ellos perdí.

10 Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó é hirió a un siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha; y el siervo se llamaba Malco.

11 Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina: la copa que mi Padre me ha dado, ¿no la he de beber?

12 Entonces la compañía de soldados y el tribuno, y los ministros de los judíos prendieron a Jesús, y le ataron.

13 Y le trajeron primeramente a Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era sumo sacerdote de aquel año.

14 Y era Caifás el que había dado consejo a los judíos, que era necesario que un hombre muriese por el pueblo.

15 Y seguía a Jesús Simón Pedro, y otro discípulo; y aquel discípulo era conocido del sumo sacerdote, y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote;

16 Mas Pedro estaba fuera a la puerta. Entonces salió aquel discípulo que era conocido del sumo sacerdote, y habló a la portera y metió dentro a Pedro.

17 Entonces la criada portera dijo a Pedro: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Dice él: No soy.

18 Y estaban en pie los siervos y los ministros que habían hecho un fuego de carbón; porque hacía frío, y se calentaban; y estaba con ellos Pedro en pie, calentándose.

19 Y el sumo sacerdote preguntó a Jesús de sus discípulos, y de su doctrina.

20 Jesús le respondió: Yo manifestamente he hablado al mundo: yo siempre he enseñado en la sinagoga, y en el templo, donde siempre se juntan todos los judíos; y nada he hablado en oculto.

21 ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído, que les haya yo hablado: he aquí estos saben lo que yo he dicho.

22 Y como hubo dicho esto, uno de los ministros que estaba allí, dio una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así

CAPÍTULO 18

COMO hubo dicho Jesús estas cosas, salió con sus

respondes al sumo sacerdote?

23 Jesús le respondió: Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien, ¿Por qué me hieres?

24 Anás entonces le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote.

25 Estaba pues, Pedro en pie calentándose; y le dijeron: ¿No eres tú también uno de sus discípulos? El lo negó y dijo: No soy.

26 Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dice: ¿No te vi yo en el huerto con él?

27 Y negó Pedro otra vez; y luego el gallo cantó.

28 Y llevan a Jesús de Caifás al pretorio. Y era de mañana, y ellos no entraron en el pretorio por no ser contaminados, y así poder comer la pascua.

29 Entonces salió Pilato a ellos fuera, y dijo: ¿Qué acusación traéis con este hombre?

30 Respondieron y le dijeron: Si este no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado.

31 Entonces les dijo Pilato: Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley. Los judíos le dijeron: A nosotros no nos es lícito matar a nadie.

32 Para que se cumpliese el dicho de Jesús que había dicho, dando a entender de que muerte había de morir.

33 Entonces Pilato se volvió a entrar en el pretorio y llamó a Jesús, y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos?

34 Jesús le respondió: ¿Dices esto de ti mismo, ó te lo han dicho otros de mí?

35 Pilato respondió: ¿Soy yo judío? Tu misma nación y los sumos sacerdotes, te han entregado a mí, ¿Qué has hecho?

36 Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo: si de este mundo fuera mi reino, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; ahora, pues, mi reino no es de aquí.

37 Pilato entonces le dijo: ¿Luego rey eres tú? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, es a saber, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz.

38 Pilato le dice: ¿Qué cosa es verdad? Y como hubo dicho esto, volvió a los judíos y les dice: Yo no hallo en él crimen alguno.

39 Empero vosotros tenéis costumbre, que yo suelte uno en la pascua: ¿Queréis pues que os suelte al Rey de los judíos?

40 Entonces todos dieron voces otra vez, diciendo: No a este, sino a Barrabás. Y Barrabás era un ladrón.

CAPÍTULO 19

ASÍ que, entonces tomó Pilato a Jesús y le azotó.

2 Y los soldados entretejieron de espinas una corona, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron de una ropa de grana.

3 Y decían: ¡Salve, Rey de los judíos! y le daban de bofetadas.

4 Entonces Pilato salió otra vez fuera, y les dijo: He aquí os le traigo fuera para que entendáis que ningún crimen hallo en él.

5 Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y la ropa de grana. Y les dice Pilato: He aquí el hombre.

6 Y como le vieron los príncipes de los sacerdotes, y los ministros, dieron voces diciendo: Crucifícale, crucifícale. Les dice Pilato: Tomadle vosotros y crucifícale; porque yo no hallo en él crimen.

7 Le respondieron los judíos: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley, debe morir porque se hizo Hijo de Dios.

8 Pilato, pues, como oyó esta palabra tuvo más miedo.

9 Y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dio respuesta.

10 Entonces le dice Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte, y que tengo potestad para soltarte?

11 Respondió Jesús: Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene.

12 Desde entonces procuraba Pilato de soltarle; mas los judíos daban voces diciendo: Si a este sueltas, no eres amigo de César: cualquiera que se hace rey, habla contra César.

13 Entonces Pilato oyendo este dicho, llevó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal, en el lugar que se llama el Pavimento, y en Hebreo Gabbatha.

14 Y era la víspera de la pascua, y como la hora sexta: entonces dijo a los judíos: He aquí a vuestro Rey.

15 Mas ellos dieron voces: Quítale, Quítale, crucifícale. Les dice Pilato: ¿A vuestro Rey tengo de crucificar?

Respondieron los sumos sacerdotes: No tenemos Rey sino a Cesar.

16 Entonces, pues, le entregó para que fuese crucificado: y tomaron a Jesús, y le llevaron.

17 Y él, llevando su cruz, salió al lugar que se llama de la Calavera, y en Hebreo Gólgota.

18 Donde le crucificaron, y con él otros dos, de una parte y de otra, y Jesús en medio.

19 Y escribió Pilato un título, el cuál puso encima de la cruz; y el escrito era: JESUS NAZARENO REY DE LOS JUDIOS.

20 Y muchos de los judíos leyeron este título; porque el lugar donde fue crucificado Jesús, estaba cerca de la ciudad; y era escrito en Hebreo, y en Griego, y en Latín.

21 Y decían a Pilato los sumos sacerdotes de los judíos: No escribas Rey de los judíos; sino que él dijo: Rey soy de los judíos.

22 Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito.

23 Y como los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes (a cada soldado una parte) y también la túnica, mas la túnica era sin costura, toda tejida desde arriba.

24 Y dijeron ellos entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, de quien será: para que se cumpliese la Escritura que dice: Partieron para sí mis vestidos y sobre mi vestidura echaron suertes. Estas cosas, pues, los soldados hicieron.

25 Y estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena.

26 Y como vio Jesús a su madre, y al discípulo que él

amaba, que estaba presente, dice a su madre: Mujer, he ahí tu hijo.

27 Y luego dice al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su propia casa.

28 Después de todo esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban ya cumplidas, para que la Escritura se cumpliera, dijo: Tengo sed.

29 Y había allí una vasija llena de vinagre. Entonces ellos hinchieron una esponja de vinagre, y puesta sobre un hisopo se la acercaron a la boca.

30 Y como Jesús tomó el vinagre, dijo: Consumado es. E inclinando la cabeza, dio el espíritu.

31 Entonces los judíos, por cuanto era la víspera de la pascua, para que los cuerpos no quedasen en la cruz en el Sábado, pues era el gran día del Sábado, rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas y que fuesen quitados.

32 Vinieron, pues, los soldados, y a la verdad quebraron las piernas al primero, y al otro que había sido crucificado con él.

33 Mas cuando vinieron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas.

34 Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y luego salió sangre y agua.

35 Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis.

36 Porque estas cosas fueron hechas, para que se cumpliera la Escritura: Hueso no será quebrantado de él.

37 Y también otra Escritura dice: Mirarán a aquel al cual traspasaron.

38 Pasadas estas cosas, rogó a Pilato José de Arimatea, el cual era discípulo de Jesús, mas secreto, por miedo de los judíos, que el quitase el cuerpo de Jesús: lo cual permitió Pilato. Entonces él vino y quitó el cuerpo de Jesús.

39 Y vino también Nicodemo, el que antes había venido a Jesús de noche, trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras.

40 Y tomaron el cuerpo de Jesús, y le envolvieron en lienzos con especias, como es costumbre de los judíos sepultar.

41 Y en aquel lugar, donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aun no había sido puesto alguno.

42 Allí pues pusieron a Jesús, por causa de la preparación de la pascua de los judíos, porque aquel sepulcro estaba cerca.

CAPÍTULO 20

Y el primer día de la semana, María Magdalena vino de mañana, siendo aun obscuro, al sepulcro, y vio la piedra quitada del sepulcro.

2 Entonces corrió y vino a Simón Pedro, y al otro discípulo, al cual amaba Jesús, y les dice: Han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde le han puesto.

3 Salió pues Pedro y el otro discípulo, y vinieron al sepulcro.

4 Y corrían los dos juntos; mas el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y vino primero al sepulcro.

5 Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos; mas no entró.

6 Vino pues Simón Pedro siguiéndole, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos,

7 Y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino aparte en un lugar envuelto.

8 Entonces entró también aquel otro discípulo, que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó.

9 Porque aun no sabían la Escritura, que era menester que él resucitase de entre los muertos.

10 Así que volvieron los discípulos a los suyos.

11 Empero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y estando llorando, se bajó a mirar en el sepulcro.

12 Y vio dos ángeles en ropas blancas que estaban sentados, el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto.

13 Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Ella les dice: Porque han llevado a mi Señor, y no sé donde le han puesto.

14 Y como hubo dicho esto, volvió atrás, y vio a Jesús que estaba en pie; mas no sabía que era Jesús.

15 Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dice: Señor, si tú le has llevado, dime donde le has puesto, y yo le llevaré.

16 Le dice Jesús: María. Volviéndose ella, le dice: Rabboni, que quiere decir, Maestro.

17 Jesús le dice: No me toques; porque aun no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre, y a vuestro Padre, a mi Dios, y a vuestro Dios.

18 Vino María Magdalena dando las nuevas a los discípulos: que había visto al Señor, y que le dijo estas cosas.

19 Y como fue tarde aquel mismo día, el primero de la semana, y las puertas estaban cerradas, donde los discípulos estaban juntos por miedo de los judíos, vino Jesús; y se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros.

20 Y como hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor.

21 Entonces les dice otra vez: Paz a vosotros; como me envió el Padre, así también yo os envío.

22 Y como hubo dicho esto, les sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.

23 A los que perdonareis los pecados, les son perdonados; y a quien los retuviereis, les son retenidos.

24 Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino.

25 Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. Y él les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.

26 Y ocho días después estaban otra vez sus

discípulos dentro, y con ellos Tomás. Vino Jesús, las puertas cerradas, y se puso en medio, y dijo: Paz a vosotros.

27 Luego dice a Tomás: Mete tu dedo aquí, y ve mis manos; y acerca tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.

28 Entonces Tomás respondió, y le dijo: Señor mío, y Dios mío.

29 Jesús le dice: Porque me has visto Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.

30 Y también muchas otras señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro.

31 Estas empero son escritas, para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

CAPÍTULO 21

DESPUÉS se manifestó Jesús otra vez a sus discípulos junto a la mar de Tiberiades; y se manifestó de esta manera:

2 Estaban juntos Simón Pedro y Tomás llamado Dídimo, y Natanael, de Caná de Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos.

3 Les dice Simón: A pescar voy. Le dicen: vamos nosotros también contigo. Fueron, y subieron luego en una barca; y aquella noche no cogieron nada.

4 Y venida la mañana, Jesús se puso en la ribera; mas los discípulos no sabían que era Jesús.

5 Entonces les dice Jesús: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No.

6 Y él les dice: Echad la red a la derecha de la nave, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían en ninguna manera sacar, por la multitud de los peces.

7 Dijo entonces aquel discípulo, al cual amaba Jesús, a Pedro: El Señor es. Entonces Simón Pedro, como oyó que era el Señor, se ciñó la ropa, porque estaba desnudo, y se echó a la mar.

8 Y los otros discípulos vinieron con la barca (porque no estaban lejos de tierra, sino como doscientos codos), trayendo la red con los peces.

9 Y como llegaron a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan.

10 Jesús les dice: Traed de los peces que tomasteis ahora.

11 Subió Simón Pedro, y trajo la red a tierra, llena de

grandes peces, ciento y cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió.

12 Jesús les dice: Venid, y comed. Y ninguno de los discípulos le osaba preguntar: ¿Tú quién eres? sabiendo que era el Señor.

13 Entonces viene Jesús, y toma el pan, y les da, y asimismo del pez.

14 Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestó a sus discípulos, habiendo resucitado de entre los muertos.

15 Y como hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos? Le dice: Sí, Señor: tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos.

16 Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Le responde: Sí, Señor: tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis ovejas.

17 Le dice la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijera la tercera vez, ¿me amas?, y le dice: Señor, tú sabes todas las cosas: tú sabes que te amo. Le dice Jesús: Apacienta mis ovejas.

18 De cierto, de cierto te digo: que cuando eras más joven, te ceñías, e ibas donde a querías; mas cuando ya fueres viejo, extenderás tus manos y otro te ha de ceñir, y te llevará donde no quieras.

19 Y esto dijo, dando a entender con que muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, le dijo: Sígueme.

20 Entonces volviéndose Pedro, ve a aquel discípulo al cual amaba Jesús, que les seguía, el que también se había recostado sobre su pecho en la cena, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?

21 Así que, como Pedro vio a este, dice a Jesús: Señor, ¿y qué de este?

22 Jesús le dice: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú.

23 Salió pues este dicho entre los hermanos, que aquel discípulo no habría de morir; mas Jesús no le dijo: No morirá; sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?

24 Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero.

25 Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, que si se escribiesen una por una, ni aun en el mundo pienso que cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén.

La Epístola del Apóstol San Pablo a los Romanos

CAPÍTULO 1

PABLO, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios,

2 El cual él había antes prometido por sus profetas en las santas Escrituras,

3 De su Hijo Jesucristo, Señor nuestro, el cual fue hecho de la simiente de David según la carne,

4 Y fue declarado ser el Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de los muertos;

5 Por el cual recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia de la fe en todas las naciones, en su nombre.

6 Entre las cuales sois también vosotros, llamados de Jesucristo:

7 A todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia a vosotros y paz de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

8 Primeramente, doy gracias a mi Dios por Jesucristo acerca de todos vosotros, de que se habla de vuestra fe por todo el mundo.

9 Porque testigo me es Dios, al cual sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, que sin cesar me acuerdo de vosotros siempre en mis oraciones;

10 Rogando, si de algún modo ahora al fin haya de tener, por la voluntad de Dios, próspero viaje para venir a vosotros.

11 Porque deseo veros, para repartir con vosotros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados;

12 Es a saber, para ser juntamente consolado con vosotros por la mutua fe, la vuestra y la mía.

13 Mas no quiero, hermanos, que ignoréis, que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (pero hasta ahora, he sido estorbado), para tener también entre vosotros algún fruto, como entre los otros gentiles.

14 A griegos, y a bárbaros, a sabios y a no sabios, soy deudor.

15 Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciar el evangelio también a vosotros que estáis en Roma.

16 Porque no me avergüenzo del evangelio de Cristo; porque es potencia de Dios para salvación a todo aquel que cree: al judío primeramente, y también al griego.

17 Porque en él la justicia de Dios se descubre de fe en fe, como está escrito: Mas el justo vivirá por fe.

18 Porque manifiesta es la ira de Dios desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que detienen la verdad con injusticia:

19 Porque lo que de Dios se conoce, es manifiesto a ellos; porque Dios se los manifestó.

20 Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y divinidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.

21 Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias: antes se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido.

22 Diciéndose ser sabios, se hicieron necios.

23 Y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles.

24 Por lo cual Dios también los entregó a la inmundicia, según las concupiscencias de sus corazones, para que deshonrasen sus cuerpos entre sí:

25 Los cuales mudaron la verdad de Dios en mentira, y honraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos, Amén.

26 Por lo cual Dios los entregó a afectos vergonzosos; porque aun sus mujeres mudaron el uso natural, en el uso que es contra naturaleza.

27 Y asimismo los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en sus concupiscencias los unos con los otros, cometiendo torpezas hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la recompensa que convino a su error.

28 Y como a ellos no les pareció bien tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente depravada, para hacer lo que no conviene;

29 Atestados de toda iniquidad, fornicación, malicia, avaricia, maldad: llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños, malignidades:

30 Murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a sus padres,

31 Insensatos, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia:

32 Los cuales, habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte; no solamente las hacen, mas aun se complacen con los que las hacen.

CAPÍTULO 2

Por lo cual eres inexcusable, o hombre, cualquiera que juzgas; porque en lo mismo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo.

2 Porque sabemos que el juicio de Dios es según verdad contra los que hacen tales cosas.

3 ¿Y piensas esto, oh hombre, que juzgas a los que hacen tales cosas, y haces las mismas, que tu escaparás del juicio de Dios?

4 ¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, y paciencia, y longanimidad; ignorando que su benignidad te guía a arrepentimiento?

5 Mas por tu dureza, y por tu corazón no arrepentido atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios;

6 El cual pagará a cada uno conforme a sus obras:

7 A los que perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, dará la vida eterna.

8 Mas a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, antes obedecen a la injusticia, *dará* enojo e ira;

9 Tribulación y angustia sobre toda alma de hombre que obra lo malo, del judío primeramente, y también del

griego:

10 Mas gloria y honra y paz a todo aquel que obra el bien; al judío primeramente, y también al griego.

11 Porque no hay acepción de personas para con Dios;

12 Porque todos los que sin ley pecaron, sin ley también perecerán; y todos los que en la ley pecaron, por la ley serán juzgados.

13 Porque no son justos para con Dios los oidores de la ley ; sino los hacedores de la ley serán justificados.

14 Porque los gentiles que no tienen la ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley; los tales, aunque no tengan ley, ellos son ley para sí mismos.

15 Mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio juntamente sus conciencias; acusándoles sus razonamientos unos con otros, o excusándoles también.

16 En el día en que juzgará el Señor lo secreto de los hombres conforme a mi evangelio, por Jesucristo.

17 He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios;

18 Y sabes su voluntad, y apruebas lo mejor, instruido por la ley;

19 Y confías que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas,

20 Instructor de los indoctos, maestro de niños, que tienes la forma de la ciencia y de la verdad en la ley.

21 Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú, que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas?

22 Tú, que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú, que abominas los ídolos, ¿cometes sacrilegio?

23 Tú, que te jactas de la ley, ¿con transgresión de la ley deshonras a Dios?

24 Porque el nombre de Dios es blasfemado por causa de vosotros entre los gentiles, como está escrito.

25 Porque la circuncisión en verdad aprovecha, si guardares la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión.

26 De manera que si el incircunciso guardare las justicias de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión por circuncisión?

27 Y el que por naturaleza es incircunciso, si guardare la ley, ¿no te juzgará a ti que por la letra y por la circuncisión eres transgresor de la ley?

28 Porque no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que es por fuera en la carne;

29 Sino que es judío el que lo es en lo interior; y la circuncisión es la del corazón, en el espíritu, no en la letra; la alabanza del cual no es de los hombres, sino de Dios.

CAPÍTULO 3

¿Qué, pues, tiene más el judío? ¿o de que aprovecha la circuncisión?

2 Mucho, en todas maneras. Primero, ciertamente porque la palabra de Dios les ha sido confiada.

3 Pues, ¿qué si algunos de ellos han sido incrédulos? ¿la incredulidad de ellos habrá hecho vana la fe de Dios?

4 En ninguna manera; antes, sea Dios veraz y todo hombre mentiroso; como está escrito: Para que seas justificado en tus dichos, y venzas cuando fueres juzgado.

5 Mas si nuestra iniquidad encarece la justicia de Dios,

¿Qué diremos? ¿Será por eso injusto Dios que da castigo? (Hablo como hombre).

6 En ninguna manera: de otro modo, ¿Cómo juzgaría Dios al mundo?

7 Porque si la verdad de Dios por mi mentira creció a gloria suya, ¿por qué aun yo soy juzgado como pecador?

8 ¿Y por qué no decir (como somos blasfemados, y como algunos dicen que nosotros decimos): Hagamos males para que nos vengan bienes? La condenación de los cuales es justa.

9 ¿Qué, pues? ¿somos mejores que ellos? En ninguna manera: porque ya hemos acusado a judíos y a griegos, que todos están bajo pecado.

10 Como está escrito: No hay justo ni aun uno.

11 No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios.

12 Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.

13 Sepulcro abierto es su garganta; con sus lenguas tratan engañosamente; veneno de áspides está debajo de sus labios.

14 Cuya boca está llena de maledicencia y amargura.

15 Sus pies son ligeros para derramar sangre;

16 Quebrantamiento y desventura hay en sus caminos,

17 Y camino de paz no conocieron.

18 No hay temor de Dios delante de sus ojos.

19 Pero ya sabemos que todo lo que la ley dice, a los que están en la ley lo dice: para que toda boca se tape, y que todo el mundo quede bajo el juicio de Dios:

20 Ya que por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de él; porque por la ley es el conocimiento del pecado.

21 Mas ahora, separada de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y los profetas:

22 La justicia de Dios, por la fe de Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen en él; porque no hay diferencia.

23 Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.

24 Siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús.

25 A quien Dios propuso en propiciación por la fe en su sangre, para manifestar su justicia, por haber pasado por alto los pecados pasados, en la paciencia de Dios.

26 Para manifestación de su justicia en este tiempo: para que él sea el justo, y el justificador del que cree en Jesús.

27 ¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida ¿Por cuál ley? ¿de las obras? No; mas por la ley de la fe.

28 Así que, concluimos ser el hombre justificado por fe sin las obras de la ley.

29 ¿Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿Y no también de los gentiles? Ciertamente, también de los gentiles.

30 Porque Dios es uno, y el justificará por la fe a los de la circuncisión; y por la fe a los de la incircuncisión.

31 ¿Luego invalidamos la ley por la fe? En ninguna manera, antes establecemos la ley.

CAPÍTULO 4

¿Qué, pues, diremos que halló Abraham nuestro padre según la carne?

2 Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de que gloriarse; mas no para con Dios.

3 Porque, ¿qué dice la Escritura? Y creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia.

4 Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda.

5 Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.

6 Como también David describe la bienaventuranza del hombre al cual Dios atribuye justicia sin obras,

7 Diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos.

8 Bienaventurado el varón a quien el Señor no imputará pecado.

9 ¿Es, pues, esta bienaventuranza solamente para los de la circuncisión, o también para los de la incircuncisión? Porque decimos que a Abraham le fue contada la fe por justicia.

10 ¿Cómo, pues, le fue contada en la circuncisión o en la incircuncisión? No en la circuncisión, sino en la incircuncisión.

11 Y recibió la señal de la circuncisión, por sello de la justicia de la fe que tuvo estando aun incircunciso; para que fuese padre de todos los creyentes aunque no circuncidados, para que a ellos también les sea contado por justicia.

12 Y padre de la circuncisión, no solamente a los que son de la circuncisión, sino también a los que siguen las pisadas de la fe de nuestro padre Abraham que tenía siendo aun incircunciso.

13 Porque no por la ley fue dada la promesa a Abraham o a su simiente, que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe.

14 Porque si los que son de la ley son los herederos, vana se hace la fe; y anulada es la promesa.

15 Porque la ley obra ira: porque donde no hay ley, allí tampoco hay transgresión.

16 Por tanto es por fe, para que sea por gracia: para que la promesa sea firme a toda la simiente, es a saber, no solamente al que es de la ley, mas también al que es de la fe de Abraham; el cual es padre de todos nosotros.

17 (Como está escrito: Por padre de muchas naciones te he puesto), delante de Dios al cual creyó: el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen.

18 El cual contra de la esperanza, creyó en la esperanza para ser hecho padre de muchas naciones, conforme a lo que le había sido dicho: Así será tu simiente.

19 Y no siendo débil en la fe, no consideró su cuerpo ya muerto (siendo ya casi de cien años), ni la matricina mortecina de Sara.

20 Tampoco dudó, por incredulidad, en la promesa de Dios; antes fue esforzado en fe dando gloria a Dios.

21 Plenamente convencido que todo lo que le había prometido, era también poderoso para hacerlo.

22 Por lo cual también le fue contado por justicia.

23 Y no solamente por él está escrito que le haya sido contado,

24 Sino también por nosotros, a quienes será así contado, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro:

25 El cual fue entregado por nuestros delitos, y resucitado para nuestra justificación.

CAPÍTULO 5

Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.

2 Por el cual también tenemos entrada por fe a esta gracia, en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.

3 Y no sólo esto, mas aun nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia:

4 Y la paciencia, prueba: y la prueba, esperanza.

5 Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.

6 Porque Cristo, aun cuando éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.

7 Ciertamente, apenas muere alguno por un justo: con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno.

8 Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros.

9 Luego, mucho más, siendo justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.

10 Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, ya reconciliados, seremos salvos por su vida.

11 Y no sólo esto, mas aun nos gloriaremos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por el cual hemos recibido ahora la reconciliación.

12 Por tanto, de la manera que el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte: y la muerte así pasó a todos los hombres, porque todos pecaron.

13 Porque hasta la ley, el pecado estaba en el mundo; pero no habiendo ley, no se imputa de pecado.

14 No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir.

15 Mas no como el delito también fue el don: porque si por el delito de aquel uno, murieron muchos; mucho más la gracia de Dios y el don por gracia de un hombre, Jesucristo, abundó para muchos.

16 Ni tampoco de la manera que por uno que pecó, así también el don: porque el juicio, a la verdad, vino por uno para condenación, mas el don vino de muchos delitos para justificación.

17 Porque, si por el delito de uno reinó la muerte por ese uno; mucho más, reinarán en vida por uno, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia, y del don de la justicia.

18 Así que, de la manera que por el delito de uno, vino la culpa a todos los hombres para condenación; así por la justicia de uno, vino a todos los hombres para justificación de vida.

19 Porque como por la desobediencia de un hombre muchos fueron hechos pecadores; así por la obediencia de uno, muchos serán hechos justos.

20 Pero la ley entró para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia;

21 Para que, de la manera que el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna, por Jesucristo Señor nuestro.

CAPÍTULO 6

¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?

2 En ninguna manera. Porque los que somos muertos al pecado, ¿cómo viviremos aun en él?

3 ¿O no sabéis que los que somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en su muerte?

4 Porque somos sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo; para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida.

5 Porque si fuimos plantados juntamente con él a semejanza de su muerte, también lo seremos en la semejanza de su resurrección.

6 Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho, a fin de que no sirvamos más al pecado.

7 Porque el que es muerto, justificado es del pecado.

8 Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él;

9 Sabiendo que Cristo habiendo resucitado de los muertos, ya no muere: la muerte no se enseñoreará más de él.

10 Porque al haber muerto, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive.

11 Así también vosotros, consideraos vosotros mismos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús Señor nuestro.

12 No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que le obedezcáis en sus concupiscencias.

13 Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad; antes presentaos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.

14 Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; porque no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.

15 ¿Qué, pues? ¿pecaremos porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera.

16 ¿O no sabéis que a quien os presentasteis vosotros mismos por siervos para obedecerle, sois siervos de aquel a quien obedecéis; o del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia.

17 Pero gracias a Dios que aunque fuisteis siervos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados;

18 Y liberados del pecado, sois hechos siervos de la justicia.

19 Hablo humanamente a causa de la flaqueza de vuestra carne: que como presentasteis vuestros miembros como siervos de la inmundicia y de la iniquidad, para iniquidad; así ahora, presentéis vuestros miembros, siervos de la justicia, para santidad.

20 Porque cuando fuisteis siervos del pecado, libres erais de la justicia.

21 ¿Qué fruto teníais entonces de aquellas cosas, de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte.

22 Mas ahora, librados del pecado, y hechos siervos para Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin la vida eterna.

23 Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.

CAPÍTULO 7

¿O ignoráis hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que este vive?

2 Porque la mujer que está sujeta a marido, mientras él vive está ligada a él por la ley; mas si el marido muere, ella está libre de la ley del marido.

3 Así que, viviendo el marido se llamará adúltera, si fuere de otro varón; mas muerto el marido, está libre de la ley, de tal manera que no será adúltera si fuere de otro marido.

4 Así también vosotros, hermanos míos, estáis muertos a la ley por el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro esposo, del que resucitó de los muertos, para que llevemos fruto a Dios.

5 Porque mientras estábamos en la carne, los afectos de los pecados que eran por la ley, obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte.

6 Mas ahora estamos libres de la ley, habiendo muerto a aquello que nos tenía sujetos, para que sirvamos en novedad de espíritu y no en vejez de letra.

7 ¿Qué, pues, diremos? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Antes yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás.

8 Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, obró en mí toda concupiscencia; porque sin la ley el pecado estaba muerto.

9 Así que, yo sin la ley vivía por algún tiempo; mas venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí,

10 Y hallé que el mandamiento, que es para vida, para mí fue mortal;

11 Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento me engañó, y por él me mató.

12 De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno.

13 Luego, ¿lo que es bueno, a mí me es hecho muerte? No, sino que el pecado, para mostrarse pecado, por lo bueno me obró la muerte; para que, por el mandamiento, el pecado se hiciese sobremanera pecaminoso.

14 Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido bajo pecado.

15 Porque lo que hago, no lo entiendo, pues el bien que quiero, no hago; antes lo que aborrezco, eso hago.

16 Y si lo que no quiero, eso hago, apruebo que la ley es buena.

17 De manera que ya no obro yo aquello, sino el pecado que mora en mí.

18 Porque yo sé que en mí, es a saber en mi carne, no mora el bien; porque tengo el querer, mas efectuar el bien, no lo alcanzo.

19 Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, eso hago.

20 Y si hago lo que no quiero, ya no lo obro yo, sino el pecado que mora en mí.

21 Así que queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley; que el mal está en mí.

22 Porque según el hombre interior, me deleito con la ley

de Dios:

23 Mas veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.

24 ¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?

25 Gracias doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.

CAPÍTULO 8

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, mas conforme al Espíritu.

2 Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.

3 Porque lo que era imposible a la ley por cuanto era débil por la carne, Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y por el pecado, condenó al pecado en la carne;

4 Para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros, que no andamos conforme a la carne, mas conforme al Espíritu.

5 Porque los que son conforme a la carne, piensan en las cosas de la carne; mas los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu.

6 Porque la intención de la carne es muerte; mas la intención del Espíritu es vida y paz.

7 Por cuanto la intención de la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede.

8 Así que, los que están en la carne, no pueden agradar a Dios.

9 Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu; si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él.

10 Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo a la verdad está muerto a causa del pecado; mas el Espíritu vive a causa de la justicia.

11 Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús, mora en vosotros; el que levantó a Cristo de los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.

12 Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne para que vivamos conforme la carne.

13 Porque si viviereis conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.

14 Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios.

15 Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor; mas habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba, Padre.

16 Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios.

17 Y si hijos, también herederos; herederos de Dios, y coherederos de Cristo; si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.

18 Porque tengo por cierto, que los sufrimientos de este tiempo, no son de comparar con la gloria venidera que en nosotros ha de ser manifestada.

19 Porque el continuo anhelar de las criaturas, espera la manifestación de los hijos de Dios.

20 Porque las criaturas fueron sujetas a vanidad, no de su voluntad, sino por causa del que la sujetó con esperanza,

21 Que también las mismas criaturas serán liberadas de la esclavitud de corrupción, en la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

22 Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora.

23 Y no solo ella, sino también nosotros mismos que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo.

24 Porque en esperanza somos salvos, porque la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿para qué lo espera?

25 Mas si lo que no vemos esperamos, con paciencia lo esperamos.

26 Y en la misma manera el Espíritu nos ayuda en nuestras flaquezas: porque que hemos de pedir como conviene, no lo sabemos: pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles.

27 Mas el que escudriña los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.

28 Y sabemos, que a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien, es a saber, a los que conforme a su propósito son llamados.

29 Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.

30 Y a los que predestinó, a estos también llamó: y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.

31 ¿Qué, pues, diremos a estas cosas? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?

32 El que aun a su propio hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él también todas las cosas?

33 ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es quien justifica.

34 ¿Quién es el que condena? Cristo es el que murió; mas aun que también resucitó, el que también está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.

35 ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?

36 Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo: somos estimados como ovejas de matadero.

37 Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por aquel que nos amó.

38 Por lo cual estoy seguro, que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir,

39 Ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

CAPÍTULO 9

Verdad digo en Cristo, no miento, dándome testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo,
 2 Que tengo gran tristeza, y continuo dolor en mi corazón.
 3 Porque deseara yo mismo ser anatema, apartado de Cristo, por mis hermanos, los que son mis parientes según la carne:
 4 Que son israelitas, de los cuales es la adopción, y la gloria, y los pactos, y el dar de la ley, y el culto, y las promesas.
 5 De quienes son los padres, y de los cuales es Cristo según la carne, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.
 6 No empero que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que son de Israel, son israelitas.
 7 Ni por ser simiente de Abraham son todos hijos; sino: En Isaac te será llamada simiente.
 8 Esto es: No los que son hijos según la carne, estos son hijos de Dios: mas los que son hijos de la promesa, son los contados en la generación.
 9 Porque la palabra de la promesa es esta: Por este tiempo vendré, y tendrá Sara un hijo.
 10 Y no sólo esto, mas también Rebeca concibiendo de uno, de Isaac nuestro padre,
 11 (Porque no siendo aun nacidos, ni habiendo hecho aun ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese no por las obras, sino por el que llama),
 12 Le fue dicho a ella: El mayor servirá al menor.
 13 Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí.
 14 ¿Qué pues diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera.
 15 Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que tendré misericordia, y me compadeceré del que me compadeceré.
 16 Así que, no es del que quiere, ni del que corre; sino de Dios que tiene misericordia.
 17 Porque la Escritura dice a Faraón: Para eso mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y que mi nombre sea anunciado en toda la tierra.
 18 De manera que del que quiere, tiene misericordia; y al que quiere, endurece.
 19 Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque, ¿quién ha resistido a su voluntad?
 20 Mas antes, o hombre, ¿quién eres tú para que alterques con Dios? ¿ó dirá el vaso de barro al que lo formó: Por qué me has hecho así?
 21 ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?
 22 ¿Y qué, si Dios queriendo mostrar su ira, y hacer notorio su poder, soportó con mucha mansedumbre los vasos de ira, preparados para destrucción,
 23 Y para hacer notorias las riquezas de su gloria para con los vasos de misericordia, que el preparó de antemano para gloria,
 24 A los cuales también llamó, es a saber, a nosotros, no sólo de los judíos sino también de los gentiles?
 25 Como también en Oseas dice: Llamaré al que no era mi pueblo, pueblo mío; y amada a la que no era amada.
 26 Y será, que en el lugar donde les fue dicho: Vosotros no sois pueblo mío; Allí serán llamados hijos del Dios viviente.
 27 También

Isaías clama tocante a Israel: Aunque fuere el número de los hijos de Israel como la arena de la mar, el remanente será salvo.
 28 Porque Él consumará la obra, y la abreviará en justicia; porque obra abreviada hará el Señor sobre la tierra.
 29 Y como antes dijo Isaías: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado simiente, como Sodoma habríamos venido a ser, y como Gomorra seríamos semejantes.
 30 ¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles que no seguían la justicia, han alcanzado justicia, es decir, la justicia que es por la fe;
 31 Mas Israel, que seguía la ley de justicia, no ha alcanzado la ley de la justicia.
 32 ¿Por qué? Porque no la buscaron por fe; sino como por las obras de la ley, por lo cual tropezaron en la piedra de tropiezo.
 33 Como está escrito: He aquí, pongo en Sión piedra de tropiezo y roca de caída; y todo aquel que creyere en él, no será avergonzado.

CAPÍTULO 10

Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios sobre Israel es para salvación.
 2 Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, mas no conforme a conocimiento.
 3 Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios.
 4 Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.
 5 Porque Moisés escribe de la justicia que es por la ley; que el hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas.
 6 Mas de la justicia que es por fe, dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (Esto es, para traer abajo a Cristo);
 7 O, ¿quién descenderá al abismo? (Esto es, para volver a traer a Cristo de entre los muertos)
 8 Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe, la cual predicamos:
 9 Que si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.
 10 Porque con el corazón se cree para justicia; mas con la boca se hace confesión para salvación.
 11 Porque la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado.
 12 Porque no hay diferencia de judío o griego: porque el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan.
 13 Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.
 14 ¿Cómo pues invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?
 15 ¿Y como predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian el evangelio de la paz, de los que anuncian el evangelio de los bienes!
 16 Mas no todos obedecieron al evangelio; porque Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?
 17 Luego la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.

Vea ahora la página 3

18 Mas digo: ¿no han oído? Antes bien, Por toda la tierra ha salido la voz de ellos, y hasta los fines de la tierra, sus palabras.

19 Mas digo: ¿No ha conocido esto Israel? Primeramente Moisés dice: Yo os provocaré a celos con *gente* que no es mi pueblo, con una nación insensata os provocaré a ira.

20 Mas Isaias dice resueltamente: Fui hallado de los que no me buscaban; Me manifesté a los que no preguntaban por mí.

21 Mas acerca de Israel dice: Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor.

CAPÍTULO 11

Digo pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la simiente de Abraham, de la tribu de Benjamín.

2 No ha desechado Dios a su pueblo, al que antes conoció. ¿O no sabéis que dice de Elías la Escritura, como hablando con Dios, dice contra Israel,

3 Señor a tus profetas han dado muerte, y a tus altares han arruinado, y solo yo he quedado, y procuran matarme?

4 Mas ¿qué le dice la divina respuesta? Me he reservado para mí siete mil varones que no han doblado la rodilla delante de Baal.

5 Así también en este tiempo ha quedado un remanente por la elección de gracia.

6 Y si por gracia, ya no es por obras; de otro manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra.

7 ¿Qué, pues? Lo que buscaba Israel, aquello no ha alcanzado, mas la elección lo ha alcanzado: y los demás fueron endurecidos.

8 (Como está escrito: Les dio Dios Espíritu de estupor; ojos con que no vean, y oídos con que no oigan, hasta el día de hoy.

9 Y David dice: Sea vuelta su mesa en lazo y en red, y en tropezadero y en retribución.

10 Sus ojos sean oscurecidos para que no vean, y agóbiales siempre la espalda.

11 Digo pues: ¿Han tropezado de tal manera, que cayesen? En ninguna manera, mas por la caída de ellos vino la salvación a los gentiles, para que fueran provocados a celos.

12 Y si la caída de ellos, es la riqueza del mundo, y el menoscabo de ellos la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más será su plenitud?

13 Porque a vosotros hablo, gentiles. Por cuanto yo soy apóstol de los gentiles; honro mi ministerio.

14 Por si en alguna manera provocase a celos a los de mi carne, e hiciese salvos a algunos de ellos.

15 Porque si la exclusión de ellos es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos?

16 Porque si el primer fruto es santo, también lo será la masa; y si la raíz es santa, también lo serán las ramas.

17 Y si algunas de las ramas fueron quebradas, y tu siendo olivo silvestre, fuiste injertado en lugar de ellas, y has sido participante de la raíz, y de la grosura del olivo;

18 No te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti.

19 Dirás pues: las ramas fueron quebradas, para que yo fuese injertado.

20 Bien, por su incredulidad fueron quebradas, mas tú por fe estás de pie. No te ensoberbecas, sino teme.

21 Porque si Dios no perdonó las ramas naturales, teme que a ti tampoco te perdone.

22 Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad para con los que cayeron, mas la bondad para contigo, si permanecieres en la bondad; de otra manera, tú también serás cortado.

23 Y aun ellos, si no permanecieren en la incredulidad, serán injertados, que poderoso es Dios para volverlos a injertar.

24 Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más estos que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?

25 Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos; que el endurecimiento en parte ha acontecido a Israel, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles.

26 Y así todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que quitará de Jacob la impiedad;

27 Y este es mi pacto con ellos, cuando quitare sus pecados.

28 Así que, en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; mas en cuanto a la elección, son muy amados por causa de los padres.

29 Porque sin arrepentimiento son los dones y el llamamiento de Dios.

30 Porque como también vosotros en algún tiempo no creísteis a Dios, mas ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos.

31 Así también estos ahora no han creído, para que en vuestra misericordia, ellos también alcancen misericordia.

32 Porque Dios encerró a todos en incredulidad, para tener misericordia de todos.

33 ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría, y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles sus juicios, e inescrutables sus caminos!

34 Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿o quién fue su consejero?

35 O, ¿quién le dio a él primero, para que le sea pagado?

36 Porque de él y por él, y en él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.

CAPÍTULO 12

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.

2 Y no os conforméis a este siglo; mas transformaos por la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cual sea la buena voluntad de Dios, agradable, y perfecta.

3 Digo pues, por la gracia que me es dada, a cada uno que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con templanza, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.

4 Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función,

5 Así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y cada uno, miembros los unos de los otros;

6 De manera que teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada; si de profecía, úsease conforme a la medida de la fe.

7 O si de servicio, en servir; o el que enseña, en enseñar;

8 El que exhorta, en exhortar; el que reparte, hágalo con simplicidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría.

9 El amor sea sin fingimiento: aborreciendo lo malo, allegándose a lo bueno.

10 Amándoos los unos a los otros con amor fraternal; en la honra prefiriéndoos los unos a los otros.

11 En los quehaceres, no perezosos; ardientes en espíritu; sirviendo al Señor.

12 Gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración.

13 Compartiendo para las necesidades de los santos; siguiendo la hospitalidad.

14 Bendecid a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis.

15 Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran.

16 Unánimes entre vosotros; no altivos, sino acomodándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra opinión.

17 No paguéis a nadie mal por mal; procurad hacer lo bueno delante de todos los hombres.

18 Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres.

19 No os venguéis vosotros mismos, amados, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza: yo pagaré, dice el Señor.

20 Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza.

21 No seas vencido de lo malo; mas vence con el bien el mal.

CAPÍTULO 13

Toda alma se sujete a las potestades superiores; porque no hay potestad sino de Dios; y las potestades que son, de Dios son ordenadas.

2 Así que, el que se opone a la potestad, a la ordenación de Dios resiste; y los que resisten, ellos mismos recibirán condenación para sí.

3 Porque los magistrados no son de temer al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la potestad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella.

4 Porque es servidor de Dios para tu bien. Mas si hicieres lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador, para castigar al que hace lo malo.

5 Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por la ira, sino también por la conciencia.

6 Pues por eso pagáis también los tributos; porque son servidores de Dios que sirven a esto mismo.

7 Pagad pues a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que temor, temor; al que honra, honra.

8 No debáis a nadie nada, sino que os améis unos a otros; porque el que ama al prójimo ha cumplido la ley.

9 Porque: No adulterarás, No matarás, No hurtarás, No dirás falso testimonio, No codiciarás; y cualquier otro mandamiento, en esta palabra se comprende sumariamente: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

10 El amor no hace mal al prójimo; así que, el amor es el cumplimiento de la ley.

11 Y esto, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora nos está más cerca nuestra salvación que cuando creímos.

12 La noche ha pasado, y el día ha llegado. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de luz.

13 Andemos como de día, honestamente: no en glotonerías y borracheras, no en lechos, y lascivias, no en contiendas y envidia.

14 Mas vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne.

CAPÍTULO 14

Recibid al débil en la fe; pero no para contiendas de opiniones.

2 Porque uno cree que se ha de comer de todo; otro que es débil, come verduras,

3 El que come, no menosprecie al que no come; y el que no come, no juzgue al que come, porque Dios le ha recibido.

4 ¿Tú quién eres, que juzgas al siervo ajeno? Para su señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para afirmarle.

5 Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno está seguro en su propia mente.

6 El que hace caso del día, lo hace para el Señor; y el que no hace caso del día, para el Señor no lo hace. El que come, come para el Señor, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios.

7 Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí.

8 Que si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, sea que vivamos, o que muramos, somos del Señor.

9 Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor, así de los muertos como de los que viven.

10 Mas tú, ¿Por qué juzgas a tu hermano? o tú también ¿Por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo.

11 Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios.

12 De manera que, cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí.

13 Así que, no juzguemos más los unos a los otros; antes bien juzgad de no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano.

14 Yo se y confío en el Señor Jesús, que nada hay inmundo en sí mismo; mas a aquel que piensa alguna cosa ser inmunda, a él le es inmunda.

15 Pero si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor. No echas a perder por tu comida a aquel por quien Cristo murió.

16 No sea, pues, blasfemado vuestro bien.

17 Que el reino de Dios no es comida ni bebida; sino justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo.

18 Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es

aprobado por los hombres.

19 Así que, sigamos lo que hace a la paz, y a la edificación de los unos a los otros.

20 No destruyas la obra de Dios por causa de la comida; todas las cosas a la verdad son limpias; pero malo es al hombre ofender con lo que come.

21 Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece, o se ofenda, o sea debilitado.

22 ¿Tienes tú fe? Tenla para contigo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo con lo que aprueba.

23 Mas el que duda, si comiere, es condenado, porque no comió por fe; y todo lo que no es por fe, es pecado.

CAPÍTULO 15

Así que, los que somos fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos.

2 Cada uno de nosotros agrade a su prójimo para bien, para edificación.

3 Porque Cristo no se agradó a sí mismo; antes, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí.

4 Porque las cosas que antes fueron escritas, para nuestra enseñanza fueron escritas; para que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.

5 Mas el Dios de la paciencia y de la consolación, os de un mismo pensar los unos para los otros, según Cristo Jesús.

6 Para que concordes, a una boca glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

7 Por lo tanto, recibid los unos a los otros, como también Cristo nos recibió para gloria de Dios.

8 Digo pues, que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión, por la verdad de Dios, para confirmar las promesas de los padres;

9 Y para que los gentiles glorifiquen a Dios, por su misericordia, como está escrito: Por tanto yo te confesaré entre los gentiles, Y cantaré a tu nombre.

10 Y otra vez dice: Alegraos, vosotros gentiles, con su pueblo.

11 Y otra vez: Alabad al Señor todos los gentiles, y magnificadle todos los pueblos.

12 Y otra vez dice Isaías: Estará la raíz de Jessé, y el que se levantará a regir los gentiles, los gentiles esperarán en él;

13 Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.

14 Pero estoy yo persuadido de vosotros, hermanos míos, de que vosotros mismos estáis llenos de bondad, llenos de todo conocimiento, de tal manera que podéis amonestaros los unos a los otros.

15 Mas os he escrito, hermanos, en parte con atrevimiento, como

amonestándoos por la gracia que de Dios me es dada.

16 Para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios, para que la ofrenda de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo.

17 Así que, tengo de que gloriarme en Cristo en lo que a Dios se refiere.

18 Porque no osaría hablar de ninguna cosa que Cristo no haya hecho por mí, para la obediencia de los gentiles, con

la palabra y con las obras,

19 Con potencia de señales y prodigios en potencia del Espíritu de Dios; de tal manera que desde Jerusalén y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo.

20 Y de esta manera me esforcé a predicar el evangelio, no donde Cristo ya fuere nombrado, por no edificar sobre fundamento ajeno.

21 Antes, como está escrito: A los que no fue anunciado de él, estos verán, y los que no oyeron, entenderán.

22 Por lo cual aun he sido impedido muchas veces de ir a vosotros.

23 Pero ahora, no teniendo más lugar en estas regiones, y deseando desde hace muchos años ir a vosotros,

24 Cuando vaya a España, iré a vosotros; porque espero que pasando, os veré, y seré encaminado por vosotros hacia allá, cuando primero me haya saciado de vosotros.

25 Mas ahora, parto para Jerusalén a ministrar a los santos.

26 Porque Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una colecta para los pobres de entre los santos que están en Jerusalén.

27 Porque les pareció bueno, y son deudores a ellos; porque si los gentiles han sido hechos participantes de sus bienes espirituales, deben también ellos ministrarles en los carnales.

28 Así que, cuando hubiere concluido esto, y les haya entregado este fruto, pasaré por vosotros rumbo a España.

29 Y sé que cuando vaya a vosotros, llegaré con abundancia de la bendición del evangelio de Cristo.

30 Pero os ruego, hermanos, por el Señor nuestro Jesucristo, y por el amor del Espíritu, que me ayudéis con oraciones por mí a Dios.

31 Que sea yo librado de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén, sea acepta:

32 Para que con gozo venga a vosotros por la voluntad de Dios, y que sea recreado juntamente con vosotros.

33 Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén.

CAPÍTULO 16

Os recomiendo a nuestra hermana Febe, la cual está en el servicio de la Iglesia que está en Cencrea.

2 Que la recibáis en el Señor como es digno a los santos, y le ayudéis en cualquier cosa que necesite de vosotros: porque ella ha ayudado a muchos, y a mí mismo.

3 Salud a Priscila y a Aquila mis colaboradores en Cristo Jesús:

4 Que pusieron sus cuellos por mi vida; a los cuales no sólo yo doy gracias, mas aun todas las iglesias de los gentiles.

5 Así mismo a la iglesia de su casa. Salud a Epeneto, amado mío, que es las primicias de Acaya en Cristo.

6 Salud a María, quien ha trabajado mucho con nosotros,

7 Salud a Andrónico y a Junia, mis parientes y mis compañeros en prisiones; los cuales son notorios entre los apóstoles, los que fueron antes de mí en Cristo.

8 Salud a Amplias, amado mío en el Señor.

9 Salud a Urbano, nuestro ayudador en Cristo Jesús, y a Estaquis, amado mío.

10 Salud a Apeles, aprobado en Cristo, salud a los que son de la casa de Aristóbulo.

11 Saludad a Herodión, mi pariente, saludad a los que son de la casa de Narciso, los que son en el Señor.
12 Saludad a Trifena, y a Trifosa, las cuales trabajan en el Señor. Saludad a la amada Pérsida, la cual ha trabajado mucho en el Señor.
13 Saludad a Rufo, escogido en el Señor, y a su madre y mía.
14 Saludad a Asíncrito, a Flegonte, a Hermas, a Patrobas, a Hermes, y a los hermanos que están con ellos.
15 Saludad a Filólogo, a Julia, a Nereo, y a su hermana, a Olimpas, y a todos los santos que están con ellos.
16 Saludaos los unos a los otros con ósculo santo. Os saludan las iglesias de Cristo.
17 Y os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y os apartéis de ellos.
18 Porque los tales no sirven al Señor nuestro Jesucristo, sino a sus vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los sencillos.
19 Porque vuestra obediencia es divulgada por todos los

lugares; así que me gozo de vosotros; mas quiero que seáis sabios en el bien, y simples en el mal.
20 Y el Dios de paz quebrantará pronto a Satanás bajo vuestros pies. La gracia del Señor nuestro Jesucristo sea con vosotros. Amén.
21 Os saludan Timoteo, mi colaborador, y Lucio, y Jasón, y Sosípater mis parientes.
22 Yo Tercio, que escribí la epístola, os saluda en el Señor.
23 Os saluda Gayo, mi hospedador, y de toda la iglesia; os saluda Erasto, tesorero de la ciudad, y el hermano Cuarto.
24 La gracia del Señor nuestro Jesucristo sea con todos vosotros. Amén,
25 Y al que puede confirmaros según mi evangelio, y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio encubierto desde tiempos eternos,
26 Mas manifestado ahora, y por las Escrituras de los profetas por el mandamiento del Dios eterno, declarado a todas las gentes para que obedezcan a la fe.
27 Al solo Dios sabio sea gloria por Jesucristo para siempre. Amén.